

J. T. Medina

Viajes por Europa en 1876 y 1877

CORRESPONDENCIA DE DON JOSE TORIBIO
MEDINA (1)

SUMARIO.—Liverpool — Londres — Madrid — Toledo — Córdoba — Sevilla — Cádiz — Málaga — Valencia — Barcelona — Gerona — Perpiñán — Marsella — Tolón — Niza — Vintimilla — Génova — Pavía — Milán — Turín — Pisa — Florencia — Roma — Bolonia — Venecia — Munich — Viena — Praga — Leipzig — Berlín — Hannóver — Amsterdam — La Haya — Rotterdam — Amberes — Bruselas — París.

(1) Las cartas con que honramos las páginas de esta revista, consagrada como un homenaje de la Universidad de Concepción a la memoria del historiador y bibliógrafo de América, José Toribio Medina, en el centenario de su nacimiento, tienen un excepcional interés desde el punto de vista literario de la formación intelectual de Medina. Dirigidas a sus padres en 1876 y 1877, el poeta y juez don José del Pilar Medina y Valderrama y doña Mariana Zavala y Almeyda, nos muestran un aspecto nuevo de la vida del escritor, y por ello estas cartas constituyen un material de capital importancia en el estudio de su vida. Nos han sido facilitadas por el historiador y profesor don Guillermo Feliú Cruz, amigo y discípulo de José Toribio Medina. La Dirección de esta revista y la Universidad agradecen al señor Feliú Cruz la valiosa colaboración que le ha prestado.

I

Londres, agosto 7 de 1876.

Querido padre:

Inmejorable ha sido la navegación que me tocó de Nueva York a Liverpool, en un buque espléndido, con un mar bonancible y agradable temperatura; muy buena comida y excelente servicio, todo por 80 pesos en oro. Hemos tardado hora y media menos de los nueve días anunciados, durante los cuales he pasado perfectamente, mejor todavía que en mi viaje al Callao.

En Liverpool no permanecí más que cuatro horas, que procuré aprovechar viendo lo más que pude y en seguida tomé el tren a la capital: cinco horas y media durante las cuales se atraviesa Inglaterra de extremo a extremo. Sr. Irarrázabal y familia y otros compañeros de viaje, como D. Juan Brown e hijo y algunos venezolanos con quienes me había acompañado desde Panamá, se quedaron atrás para expedicionar a Escocia. Estoy alojado en "Langham Hotel" en una posición bastante central cerca de Hyde Park, a un paso de Oxford Street, la calle principal. El sistema que observan los hoteles en Europa, no sé si usted sabrá, es de lo más cómodo que cabe. En Estados Unidos se paga tanto al día, cualquiera que sea la pieza que a uno le toque (ordinariamente muy arriba), pero aquí se paga según la situación y rango del local, dejando a

un lado la comida, que el pasajero si quiere toma en el hotel. Así, por ejemplo, yo vivo en el 4.º piso, al cual se sube por elevador, y pago 75 centavos diarios, quedando en libertad de satisfacer mis necesidades cuándo y cómo me dé la gana.

He andado tan afortunado en todo desde que salí de Nueva York, que en el *Times* que leí en el tren vi que salía vapor para Valparaíso pasado mañana y que así podía dar a usted como a mamá cuenta inmediata de mi travesía del Atlántico.

Hoy escribo también a D. Luis Puyó a París, según especial recomendación que me hizo.

En el vapor tuve ocasión de estudiar el plano de Londres y los lugares y objetos de interés que he de conocer, así es que mañana temprano estaré en camino del Oriental Bank para que me acepte la letra y corran los noventa días. Un lord del parlamento a quien seré presentado mañana, me otorgará el permiso que necesito para estudiar en la Biblioteca lo que me interesa. De lo que halle dependerá mi estada aquí, pero de todos modos me parece que correrá parejas con lo que queda de este mes. Según eso, volverá a tener carta mía más detallada en el vapor que sale el 23.

Vuelvo a insistir en que tanto mamá como Ud. no se preocupen de lo que me pueda suceder, porque voy perfectamente y nada me hace falta. Mis planes se van también restringiendo mucho en cuanto al tiempo de ausencia, pues a mediados del próximo marzo

espero estar de vuelta al lado de ustedes. Cada día conozco por fortuna el provecho que me resulta de mi excursión aun para mi ánimo y mi cuerpo, que ambos los sentía fatigados y un descanso de éstos me será inmejorable.

Con deseos de abrazarlos, cada día más vehementes, se despide hasta el 23 su hijo,

José Toribio Medina.

II

Londres, agosto 21 de 1876.

Querido padre:

Catorce días hacen ya a que estoy en la capital del Reino Unido, y en verdad que hasta hoy muy poco he hecho por conocerla. Me agrada bastante, hay bastante que aprender, y así no puedo menos de estar contento. Me preguntará qué he hecho durante este tiempo y voy a decírselo.

El día 8 fuí a ver que me aceptasen la letra que Ud. me hizo el servicio de diligenciarme, para lo cual no hubo inconveniente con tal de que me demorase hasta el siguiente día. Para llegar al Banco, lo que no fué difícil, tuve que pasar por cerca de San Pablo y, como era natural, entré a verla. Mirada la iglesia de frente no llama tanto la atención como vista de costado o de lado, por cuanto las torres que tiene son de

mal gusto y proporcionalmente muy bajas. Pero de lejos o de cerca la cúpula famosa que tiene es maravillosa, sólo inferior, como Ud. sabe, a la de San Pedro en Roma.

De camino también vi la Bolsa, un antiguo edificio de piedra, cuyos patios estaban llenos de gente sentada descansando, o de avisos repetidos hasta el cansancio. Más parece una casa de mercachifles o una sacristía de convento que otra cosa. Enfrente de la Bolsa está el Banco de Londres, que entré también a visitar.

De vuelta me pasé al Museo Británico, donde está la biblioteca con sus 800,000 volúmenes y su salón de lectura admirablemente dispuesto, al cual, en el tiempo que lo he visitado, le he cobrado verdadero afecto por la comodidad con que uno se halla allí donde tiene de todo, por la exquisita amabilidad y atención de los empleados y, más que todo, por las inmensas riquezas bibliográficas que encierra. He pasado en él ochenta horas y pico y sin duda que las contaré entre mis más queridas, más puras, más provechosas y de recuerdos más duraderos. Con esto ya sabrá Ud. por qué conozco todavía poco de Londres.

Sin embargo, no he andado tan feliz como pensaba, por cuanto algo de lo principal que deseaba hallar no lo encontré, quedándome aún el sentimiento de que lo dejaba a mi espalda en Boston. He trabajado diariamente en compañía de D. Gaspar del Río, un abogado chileno que reside aquí desde más de diez años,

y con D. Pascual de Gayangos, afamado literato y bibliógrafo español.

He dicho que he visto poco de Londres aún, pero voy, sin embargo, a procurar entretenerlo con eso un rato.

Desde luego, es necesario que sepa que las doce o catorce cuadras que hay del hotel al Museo se andan por la calle principal, Oxford, donde hay el comercio de tiendas y el tránsito más abundante. Aquí es el pararse en las ventanas a curiosear sin término en tantísima cosa que llama la atención, y que, ¡cosa curiosa! le parece a uno que sería muy agradable tener. Aquí, por ejemplo, hay tiendas de naturalistas, donde venden de toda clase de objetos, animales, pájaros, insectos, instrumentos, aparatos para pillar y disecar, etc. Como Ud. comprenderá, esto era grandemente atrayente para mí y no podía dejar de entrar a ver. Tras eso, fuerza era comprar y lo he hecho con mucho gusto en todo lo que podía utilizar. Más allá hay almacenes de máquinas a vapor en miniatura de todas clases y de toda aplicación. Horas me he pasado viendo estas curiosidades. Siguen después, figúrese Ud., almacenes donde se hacen armas de todos sistemas y como curioso y aficionado he entrado a posesionarme de las últimas invenciones. A poco se da con pinturas, obras de arte, librerías de todas clases, tiendas de microscopios, aparatos fotográficos, de instrumentos de física, telescopios, juguetes, cristalería, etc.

En esto empleaba todos los días entre una y dos

horas hasta las 9, 9½ ó 10, en que entraba a almorzar a cualquier restaurante, que no son ni muchos ni muy buenos, aunque no caros. A las seis me volvía del Museo a comer a uno de 1.^a clase, lujoso, bien concurrido, buena comida y una regular orquesta, en el cual es servido el marchante por un peso. En el hotel hay un restaurante, pero todo se vuelve fraques en los sirvientes y excesos en el pedir, pues la taza de té que usted ya consigue en otra parte por 15 centavos (y siempre muy buen té), le cuesta aquí cincuenta centavos, sin contar con que el pasajero es hartamente desatendido. Sólo los domingos, cuando cierran todos los otros, puede uno comer en casa.

En el Museo, la historia natural está representada como en ninguna otra parte del mundo, pues Ud. puede ver allí en agradable consorcio la ballena y el elefante, el tigre y la gacela africana, y entre los fósiles, cinco piezas de los antiguos lagartos de ocho y más varas y elefantes cuyos solos colmillos tienen más de tres.

¡Qué maravillas en materia de antigüedades egipcias, vasos romanos, ruinas de Tebas, estatuas de los circos y teatros y del foro y casa de los emperadores romanos! Autógrafos de reyes y escritores famosos, el arte de imprimir desarrollado desde su nacimiento, el grabado, etc.

El primer domingo me fuí a un lugar distante siete millas por el río arriba, llamado los jardines de Kerv, los más famosos en todo el mundo, donde puede verse

desde la palmera más alta y hermosa que crece en los arenales, hasta la Victoria regia, esa maravillosa flor de la Guayana, que crece en el agua y cuyas hojas llegan a tres varas de diámetro.

La excursión del 2.º domingo ha sido todavía más agradable, si cabe, a doce millas de ferrocarril, a visitar el palacio de Hampton, residencia de los antiguos reyes de Inglaterra. Más de mil cuadros de autores como Ticiano, Tintoretto, Miguel Angel, el Poussin, etc., adornan las diferentes piezas que se ven todavía amobladas, salones, salas de armas, capillas, dormitorios de reyes y reinas, etc. Y por afuera, qué parques y jardines tan lindos, qué bosques de encinas, qué fuentes, etc.

Aquí está la parra más grande del mundo, según dicen, mantenida en conservatorio, y cuyas uvas (estaban lindísimas y muy maduras) ¡sólo la reina las come!

Ya que hablamos de grandezas reales, vamos a inspeccionarlas al punto en que dejan de serlo para asimilarse a nuestra común humanidad, vamos a la antigua y preciosa Abadía de Westminster, donde están enterrados casi todos, en consorcio de los grandes hombres de Inglaterra, poetas como Shakespeare y Milton, oradores como Pitt, hombres de estado como Russel, sabios como Livingstone, generales como Wolf, etc., desde Eduardo el Confesor acá en una no interrumpida serie de ochocientos años. Aquí se repasa toda la historia y se aprende mucho. ¡Qué objeto tan intere-

sante para reflexiones y cuánto que recordar, viviendo en el pasado!

Frente a frente están las casas del Parlamento recién concluidas y hechas por el mismo estilo gótico de la Abadía, edificios esplendidísimos, dignos del orgullo de los lores. Las salas de reunión me parecieron pequeñas y sobre todo tan prescindentes del pueblo cuyos intereses allí se tratan y que no hay barra ni puede irse allí sino con grandes influencias. ¡Qué contraste con los Estados Unidos, por ejemplo! No creo, sin embargo, que he perdido mucho con no ver una sesión, a juzgar por el extracto que de ellas dan los diarios.

Casi contiguo a estos edificios está el Real Acuario, con peces vivos del mar, música, restaurante, etc., donde cuesta 1 chelín (25 centavos) la entrada.

Vienen después los palacios reales, el de Buckingham, residencia de la reina; el del Príncipe de Gales (una casa sumamente vulgar, aunque muy antigua), situados todos a la orilla del río y del parque de St. James.

En parques hay algunos lindísimos y muy extensos, donde juegan a la pelota los hombres y muchachos por las tardes, y al criquet, etc. Espléndidas son también las estaciones de ferrocarril.

El depósito principal de pinturas de la nación está en Trafalgar Square, una de las plazas más celebradas de Londres, y en el cual no he hallado tantas maravillas como al principio me imaginaba. La escuela

española no tiene arriba de diez cuadros, que son sin duda de los mejores que hay en toda la galería.

Estatuas hay muchas y algunas de ellas muy buenas. Me ha gustado especialmente la de Ricardo Corazón de León, al lado afuera del Parlamento.

He hecho por visitar la penitenciaría, pero aún no lo consigo, aunque siendo del mismo sistema solitario de Filadelfia, no me llama mucho la atención. Llámase ésta Milbank Prison y su fundador fué el conocido criminalista Jeremías Bentham.

De los teatros conozco los dos principales, en uno de los cuales dan ahora el "Viaje a la Luna". Sólo las decoraciones y las cien bailarinas lujosísimas y buenas mozas que se exhiben me han llamado la atención. Creo que para oír ópera será necesario esperar hasta que entre el invierno.

Interrumpo aquí con materiales abundantes aún mi revista, para hablar de otras cosas.

He tenido carta de D. Luis anunciándome que se halla en un pueblo inmediato a París y que a principios del mes entrante estará de vuelta. Mucha atención y buenos ofrecimientos de su parte, que los creo sinceros, como ya le he dicho.

Se hallan conmigo desde ayer don Juan Brown e hijo, y uno de los jóvenes Irarrázabal. Al ciudadano Alcalde, de Lima, lo he tenido hoy de visita.

El temperamento, delicioso. Quedo tan rendido con las andanzas que a las nueve o diez ya estoy en cama. Duermo perfectamente.

A lo que me parece diez días permaneceré aquí para marchar en seguida a París. Por consiguiente, espero que mi próxima carta la reciba Ud. datada de ese punto.

En "El Mercurio" he visto la retirada de Vicuña y la interpelación del Congreso Argentino.

No me explico satisfactoriamente por qué no he recibido las cartas de Ud. que me hayan ido a Estados Unidos, estando seguro de que Fletcher debe haberlas remitido, si es que han llegado allí.

Insisto en que mamá mande su retrato.

El programa posterior no lo tengo bien definido aún, pero mis deseos son los de abrazarlos lo más pronto. Su hijo,

José Toribio Medina.

III

Sevilla, setiembre 18 de 1876.

Querido padre:

Aunque faltan días aún para el despacho del vapor, éste que hoy corre, por ser el de la patria, quiero celebrarlo en su compañía, continuando la relación de mi viaje hasta esta ciudad.

Como le decía en mi anterior, Madrid me tenía fastidiado por su sistema de hacer perder el tiempo, por más que uno quería aprovecharlo. Días hubo en



que materialmente nada pude hacer. Pero al fin y al cabo quedé desocupado y tomé el tren para Toledo. La comida de la fonda en los diez días que la tomé, y la buena fruta me tuvieron muy bien, sin embargo. Además del Museo de Pinturas que, como le indiqué, es el mejor del mundo, y dōnde se pasan horas deliciosas contemplando aquellas maravillas de los pintores españoles de antaño, puede visitarse el Gabinete de Historia Natural, que posee colecciones bastante buenas, aunque casi del todo desprovistas de un arreglo medianamente científico; la Academia de San Fernando, en el mismo edificio, con alguna pinturas y esculturas; el Museo de Artillería, con algunos recuerdos históricos; la Academia Real, colección de armas muy interesante de tiempos antiguos y en mucha parte de mérito histórico. Este salón forma parte del Palacio Real, el más bello y grandioso edificio de la ciudad, y que por un rasgo del carácter español que nunca falta en trabajos de esta naturaleza, y del cual hemos heredado gran parte los chilenos, se encuentra aún inconcluso. Tuve también oportunidad de registrar la Biblioteca del Rey, que es muy buena, datando de tiempo atrás.

Las iglesias valen poco en Madrid: San Isidro es la mejor, pero dista mucho de acercarse a otras de provincia. De los conventos es muy digno de visitar el de N. S. de Atocha, que ha sido siempre muy favorecido de la reina Isabel. En su iglesia están casi todas las banderas que en batallas han ganado los tercios espa-

ñoles; y en una de sus capillas la tumba del General Prim, monumento artístico de gran mérito. Se habla, sin embargo, de quitarlo de ese lugar porque el pueblo ha comenzado a creer que era masón. Algo de parecido con este rasgo tiene un decreto del Gobierno dictado últimamente prohibiendo a los disidentes toda clase de anuncios, que han sido mirados como manifestaciones públicas del culto. Es realmente increíble el atraso y la desmoralización de este pueblo, que se pudre de corrupción por todos lados, que acepta como lo más natural que se le prohíba hablar de política en los cafés, y que ahora mismo conspira contra el orden; que roba al estado de cuantas maneras puede imaginar y que ni siquiera tiene idea de la instrucción. ¡Qué decir del atraso de las mujeres! ¡A qué abyección aún están condenadas! Los hombres viven en los cafés, mientras ellas dan el ejemplo de la prostitución más inaudita.

El paseo favorito de Madrid es el "Prado", una copia de nuestra Alameda, aunque más reducida. Un empresario alquila sillas a 2 centavos y ahí se está la gente que no se pasea, desde las 8 a las 12. Y ahí inmediato el jardín del Buen Retiro, lugar delicioso y cita de la sociedad de buen tono. En un local muy bien alumbrado en forma de círculo con grandes árboles se coloca una excelente orquesta, y los que quieren, o están sentados o dan vuelta, mediante el entero de 20 centavos. Hay allí inmediato un restaurante. Fué esto lo que más me agradó de Madrid. Las damas son ele-

gantes, vistosas, aunque no bonitas, simpáticas y al parecer amables y graciosas. No muy lejos están también el Jardín Botánico, local bien arreglado, aunque no corresponde a su designación.

19.

Omitiendo, como no puede menos de ser, los detalles para nuestras conversaciones, sigo con mi excursión al sur.

Toledo es la primera ciudad que se presenta a un lado de la línea, saliendo en esa dirección. Hay solamente tres horas de ferrocarril. Sin duda que ninguna ciudad de España y acaso de Europa, conserva un carácter más acentuado de la época de la Edad Media que Toledo. Situada en un cerro escarpado a orillas del Guadalquivir y rodeada de antiguas murallas con varias puertas y puentes antiquísimos, encierra todavía una multitud de recuerdos históricos. Las calles son estrechísimas, que suben y bajan formando verdaderas cuestas y un dédalo de encrucijadas, entradas y salidas. Hacia un extremo está una antigua sinagoga transformada por D. Pedro el cruel, cuya silla se ve allí, así como en la pared, dibujado en la piedra su escudo en buena unión con el de su tesorero D. Simuel Levi, a quien como Ud. sabe mandó ahorcar. El techo es de cedro del Líbano con preciosas incrustaciones de marfil de un enorme trabajo.

Bajando el río, están los baños de la Cava, a quien

don Rodrigo sedujo, y que fué causa de la invasión de los árabes; y hacia la campiña la fábrica renombrada de armas blancas, que visité con detención, un antiquísimo y precioso hospital que encierra la tumba del cardenal Tavera, última obra del famoso escultor Vernegete, y algunos restos de un antiguo circo romano, inmediato a la actual plaza de toros. En el interior de la ciudad, el arruinado palacio de D. Pedro el cruel, y otro de los Reyes Católicos anexo a una preciosa iglesia gótica; un magnífico alcázar restaurado que sirve de academia militar, y, por último, la Catedral primera de España. No hay nada bastante para ponderar esta obra grandiosa de inmenso costo; sólo las puertas de bronce con esculturas acabadas valen un dineral. En una de las capillas están los sepulcros de D. Alvaro de Luna y su esposa, y en otra los de Enrique II y su mujer, Juan II y Enrique III. Está también enterrada en el suelo Sta. Ursula, y hay un sitio en que se conserva la piedra en que consta que la Virgen se apareció a S. Ildefonso, patrón de la ciudad. Todo el mundo toca por entre unas rejas aquella piedra que conserva la impresión de los dedos de tantos fieles como si la hubiesen agujereado. Es tan grande la campana de la torre, que un muchacho me refería que desde una vez que se había tocado y asustó al rey que comía en Madrid, no la habían vuelto a sonar más. En resumen, Toledo es interesantísima y debe ser indispensablemente visitada por todo viajero en España. A pesar de ello, un día me bastó para recorrer el

pueblo, de tal modo que al siguiente por la mañana a las siete me despedía de la malísima fonda y tomaba el tren para Córdoba. El camino es muy poco interesante, llanuras áridas abrasadas por el sol, sin una gota de agua, y a lo lejos la Sierra Morena, que atravesamos cayendo la tarde. A las dos de la mañana me apeaba en Córdoba. Este es otro pueblo atrasadísimo y pobre que ofrece de interés una magnífica mezquita convertida en iglesia por S. Fernando, su conquistador. Aquello es imponente: figúrese Ud. que tiene 36 naves por lo largo y 19 a lo ancho, con más de mil columnas, todas de mármoles diferentes y de una sola pieza. Allí se ve el lugar en que los peregrinos daban vuelta de rodillas alrededor del Alcorán, y tantas debieron dar que la piedra está bien marcada. Hay también de curioso en la ciudad un puente sobre el río del tiempo de Augusto, y unos jardines que pertenecieron a los reyes moros.

Un día me bastó también para esta visita, de tal modo que al siguiente a las 2 de la tarde salía para Sevilla adonde llegué a las 6, a tiempo para comer e instalarme en una casa de huéspedes, que nada desdice de un hotel de los mejores del pueblo, situada en la plaza principal. Mi cuarto tiene balcón a la calle, y hasta flores; la vista es muy pintoresca. Pago 80 centavos y estoy perfectamente satisfecho del trato y de la comida. Como ve, esto no es caro, y a este tenor van las demás cosas: el teatro, por ejemplo, cuesta con entrada y luneta, 20 centavos. La gente se divierte bas-

tante; hay música tres veces a la semana y los domingos queman juegos artificiales.

Lo grandioso de Sevilla es su Catedral, sepulcro de S. Fernando, cuyo cuerpo, dicen incorrupto, se venera en un altar encerrado en una urna riquísima; de Alfonso el Sabio y su mujer; de doña María de Padilla, la célebre querida de D. Pedro el cruel, que reposa al lado de D. Fadrique; y también del conde de Floridablanca; y del hijo de Colón, en cuya tumba se lee:

*A Castilla y a León
Mundo nuevo dió Colón.*

En el patio de la iglesia está un púlpito con una inscripción que habla de las numerosas conversiones que allí hicieron con su predicación S. Vicente Ferrer y otros santos.

El alcázar, recuerdo de los moros, no lo he podido visitar por extenso por las refacciones que en él se ejecutan para el recibimiento de Isabel II. La casa de Pilatos, propiedad de un antiguo duque que la construyó por el modelo del jefe romano después de un viaje a Tierra Santa: allí se enseña el pretorio, el lugar en que S. Pedro negó a su Maestro, y el sitio en que el Cristo fué presentado al pueblo. La Torre de Oro, fortaleza de muchos recuerdos, situada a orillas del río. Esto es muy pintoresco; están los buques en el centro de la ciudad; algunas tardes me voy a pasear

por el malecón, y hasta una vez me he tentado de remar. El Mercado es muy animado; la Universidad muy antigua. Me quedan por conocer el Museo de pinturas, la fábrica de tabacos y la fundición de artillería.

El gran atractivo de Sevilla que me detendría medio año si fuese posible, es el Archivo de Indias, destinado a los documentos sobre la América: allí está Chile representado y en el estudio de su historia me ocupo actualmente. De veras que siento no haber venido preparado para una residencia más larga, pero estoy dispuesto a pasar aquí unos quince días más y si es necesario, de viaje para Lisboa, volveré otra vez a quedarme el tiempo suficiente para imponerme medianamente de lo que necesito. Comprendo que no he de volver más y sentiría infinito partir sin posesionarme de lo que más interesa a nuestro país en este ramo. El gasto es insignificante como ve y los resultados pueden ser grandes.

Me olvidaba decirle que desde Madrid fuí a visitar el famoso palacio del Escorial, que es realmente soberbio. Uno de los objetos más interesantes es allí la tumba de los Reyes, cavada debajo del altar mayor. Pero esto es largo de contar y me queda muy poco espacio.

20.

Creo, por consiguiente, que mi próxima carta irá datada de aquí. Mucho se habla y hay mucho entu-

siasmo en el pueblo de España por cierta peregrinación a Roma, de la cual acaso Ud. oirá hablar por los periódicos; quién sabe si me toque ir con ella. Mientras tanto mis cariños a mamá y a Alejandro y a Ud. todo el afecto de su hijo,

José Toribio Medina.

IV

Cádiz, 2 de octubre de 1876.

Querido padre:

Poco noticiosa tendrá que ser la presente por la precisa inmovilidad a que me he visto reducido durante estos quince días, pues sólo he adelantado cuatro horas en mi viaje, distancia que hay de Sevilla a Cádiz; mas no sucederá lo mismo con la siguiente, si me es dado realizar mis planes.

Tranquilo continué en Sevilla mis trabajos de que le hablé en la anterior, habiendo debido ausentarme mucho antes de que pudiera registrar siquiera la mitad de los documentos relativos a Chile. Esta gran cantidad, agregada al dilatado tiempo que su estudio me debía exigir, me obligaron a ausentarme, no sin cierto sentimiento de mi parte, pues, como Ud. supondrá, es doloroso para un aficionado dejar atrás para no volver a ver más todo aquello que le interesa; pero, en fin, algo he hecho, y esto espero tener el gusto de repasarlo en la agradable compañía de Ud.

En cuanto a lo que de Sevilla pueda interesarle, le hablaré de su *fábrica de tabacos*, donde hay ocupadas 4,000 mujeres, establecimiento de primera importancia pero tenido con el desaseo y descuido y desorganización peculiares a los españoles. Otra fábrica que visité con interés es la de *porcelana*, donde vi hacer todo género de confecciones, y los diversos procedimientos empleados para la tintura, el dorado, etc. Con todo la industria está atrasada y por cierto que el empresario no es español. La *fundición de cañones*, ningún interés me ofreció después de haber visto la de Inglaterra. El *museo de pinturas* es pequeño pero muy escogido: aquí hay dos cuadros interesantes sobre todos, ambos de Murillo, la *Concepción* que pintó para los canónigos de la Catedral, que la rechazaron en su ignorancia por un mamarracho y que colocada para el sitio elevado a que estaba destinada, es una maravilla, y la *Virgen* de la servilleta, que el autor pintó en una servilleta para el lego que lo cuidaba en el convento durante su enfermedad.

He asistido también a dos espectáculos característicos: *una feria*, representación aproximada de la Pascua en la Alameda de Santiago, aunque variada por la venta de ganados y la animación que despierta entre las clases de tono, que van a establecerse en el lugar cada una en su carpa; y los *bailes de los gitanos*, espectáculo curiosísimo, destinado a la gente del pueblo que se reúne a cantar y bailar en sitios *ad hoc*. Nada he visto que se me haya grabado más. Por fin asis-

tí también a una corrida de toros, mucho más crueles aún que las de Lima, por cuanto vendan los ojos a los caballos y los hacen que los toros los despedacen. Las noches las pasé bastante regularmente, asistiendo al teatro de verano de que le hablé. En resumen, Sevilla es agradable y barata.

Cádiz está situado precisamente en la extremidad de una península, unida al continente por una estrechísima faja de tierra. Poco tiene que ver, a no ser su *torre de Tavira*, su *Catedral* y el paseo del Pen. Hace dos días a que estoy aquí y mañana temprano tomaré vapor para Málaga en dirección de Granada, para volver en seguida al mismo Málaga a embarcarme para Marsella con escala en Valencia y Barcelona. Voy, como ve, un poquito retrasado, pero no tanto que me impida realizar mis anteriores proyectos. En cuanto a mi cálculo de gastos, he tenido la satisfacción de verlo confirmado.

Deseándole se conserven con toda salud y felicidad se despide de Ud. con un abrazo,

Su hijo,

José Toribio Medina.

V

Marsella, octubre 18 de 1876.

Querido padre:

El lunes 16, como le decía en mi anterior, debía salir de Barcelona y, en efecto, a las 5 de la mañana

estaba ya listo para tomar el tren a Gerona, trayecto que duró hasta las 10; a las 11, después de almuerzo, subía en la diligencia para Perpiñán. El día estuvo lluvioso y muy agradable y el viaje al través de los Pirineos sumamente pintoresco. Tuve buenos compañeros y una regular provisión de castañas, así fué que el camino no se me hizo aburrido. A las 11½ de la noche nos bajábamos en Perpiñán. Muy temprano en la mañana siguiente me embarcaba en el tren de Marsella, adonde he llegado ayer a las cuatro y media de la tarde con toda felicidad. En la noche he paseado por las tiendas de la preciosa calle Cannebière, y hoy por la mañana he visitado todo lo más interesante: la Bolsa, el hotel de ville, la nueva catedral, el puerto, etcétera.

Antes de salir para Niza, que será en pocas horas más, necesito ocuparme de remitir a D. Luis a París los documentos que he adquirido en España relativos a Chile, a fin de no cargarme de equipaje. Poco después pienso también dirigirme a él con el objeto de pedirle mis cartas.

Deseando a todos felicidades lo abraza su hijo,

José Toribio Medina.

VI

Roma, octubre 29 de 1876.

Querido padre:

Anoche sábado, a las 10½ de la noche, quedaba

instalado en la ciudad de los Césares, pagando \$ 1.80 de pensión en un hotel bastante regular y en el centro mismo de la ciudad. Larga sin duda ha sido mi última correría, no tanto por la distancia cuanto por la cantidad de cosas que he pasado en revista. Mi última, escrita desde Marsella el 18, debió imponerle del trayecto seguido hasta esa fecha y en la presente verá Ud. lo demás. A la 1 de la tarde salí para Tolón, situado a poco más de una hora, puerto militar y ciudad que nada de interés ofrece; así, mientras salía otro tren, tuve con dos horas para recorrerlo. De ahí fuí a dar a Niza adonde llegué como a las 9½ de la noche; me levanté al siguiente día temprano para visitarla y con muy poco tiempo tuve bastante: es ciudad muy bonita, muy pintoresca y muy original; eso sí que en el hotel en que pasé la noche me robaron del modo más descarado: pusiéronme en la cuenta veinte centavos por la vela, otros tantos por el servicio, lo que no era mucho, pero sí que lo era cobrarme *cuarenta* por una taza de café. Objeté la partida, naturalmente, y se me contestó ;que como había habido que encender gas! Pero no era para asombrarse, porque Ud. recordará que en Londres en el hotel también más de una vez tuve que dar por un objeto análogo 50 centavos. Mientras tanto, en el mismo Niza, en el mejor café, me pidieron al día siguiente siete y medio centavos por lo mismo. Le hablo de estas menudencias porque no olvido que Ud. le gusta fijarse en estas particularidades y porque al fin entran en las incidencias del viaje.

De Niza tuvimos cinco horas a Vintimilla, frontera italiana, horas de un hermoso trayecto por la cordillera marítima de los Alpes, que permitía disfrutar a la vez del espectáculo del continente hermosado por muchas y bonitas pequeñas poblaciones y hoteles (lugares de baños) y del mar. Por aquí se encuentra el reino de Mónaco, el más pequeño del mundo, y reunión obligada de todos los grandes jugadores de Europa.

Almorcé en Vintimilla y llegaba a comer a Génova. Durante el siguiente día la visité deleitándome en la vista de sus hermosos palacios de mármol, y a la tarde seguía para Pavía, hacia el interior, para ir a Milán, de donde debía comenzar a servirme el billete circular que había comprado en París, y para quedar de este modo con la salida expedita para Alemania. Esto no lo comprenderá Ud. sino en vista de explicaciones sobre el mapa.

En Génova me escapé de un lance que pudo serme desagradable a propósito del billete circular. Hasta entonces lo había traído en la maleta, pero para más seguridad y en vista del uso inmediato que de él iba a hacer, me lo puse en el bolsillo interior de la levita. Iba ya a salir el tren, estando yo en posesión de mi lugar en el carro, cuando se asoma un mozo de la estación a la puerta y dice en italiano si a alguien se le ha perdido un "boletto". No había hecho caso yo, cuando agregó: "circular"; me registré el bolsillo y vi realmente que me faltaba: dí mi nombre y me lo entregó sin

aguardarse siquiera a que le diese las albricias. ¡Habría sido curioso perderlo cuando aún no lo había usado para nada! No se dirá después que anduve poco afortunado. Probablemente al agacharme para tomar la maleta se me cayó y no lo sentí.

Me amanecí el 21 en Pavía, ciudad de poca importancia y que no tiene más de curioso que su Catedral con la preciosa tumba de San Agustín, cuyo cuerpo se venera en un altar, y su antigua cuanto famosa Universidad.

Lloviendo tomé el tren para la Cartuja, el convento más suntuoso que exista en el mundo, situado a corta distancia del camino férreo. Empléé la mañana en esta visita, sumamente interesante y que me fué en extremo agradable. De la estación de la Cartuja hay muy poco trecho a Milán. Esa misma tarde anduve mucho de la ciudad y en la noche me fuí al teatro a escuchar el "Fausto", dado por una muy mediocre compañía. Nada más lindo he visto que la Catedral, donde oí misa por ser domingo en la capilla subterránea que ha costado 25 millones de francos, dedicada a S. Carlos Borromeo, cuyo cuerpo ahí se venera. La Catedral tiene entre la parte de afuera y la de adentro más de dos mil estatuas y es toda de mármol. Desde lo alto de la cúpula se goza de preciosa vista sobre la campiña en la cual, a muy corta distancia, están las nieves de los Alpes. Después de almuerzo tomé el tren para Arona a visitar los lagos de la Suiza, el Mayor, cosa preciosa, encerrado entre montañas cubiertas de aldeas

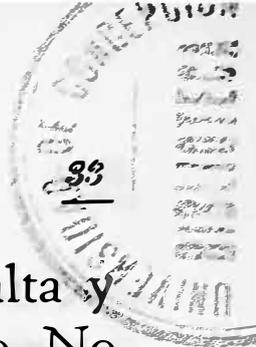
y con el agua más pura y cristalina que pueda darse. Alquilé un bote y remando con el dueño atravesé el lago, y subí después al castillo que habitó la familia Borromeo. Me sirvió de guía en aquellos inmensos salones una lindísima muchacha, fresca como una rosa y amable como una princesa, que me obsequió con un buen racimo de uvas. Desde arriba se ve del otro lado del lago la estatua colosal de S. Carlos, que tiene 35 metros de alto y en cuya cabeza caben tres hombres. Comí después en el café del pueblo y a la noche estaba de vuelta en mi hotel. Agregue Ud. que tempranito me metí en cama a saborear una buena lectura y verá qué difícil era proporcionarse más goces y más baratos.

Al otro día visité varias iglesias, vi el hermoso arco de triunfo levantado a Napoleón, y lo que llaman Plaza de Armas, que está ahí mismo, un cuadrado de 650 metros rodeado de un castillo y de una especie de anfiteatro. Entre las iglesias, la más curiosa, sin duda, es S. Ambrosio (que allí están los restos del santo) por su antigüedad de quince siglos y por habersele negado la entrada a ella al emperador Teodosio. El museo de pinturas de Milán poco me llamó la atención, y su teatro tan ponderado de la Scala no me pareció superior al Municipal de Santiago; pero lo que es muy bonito es un pasaje situado exactamente como el de Bulnes, pero de tres pisos de alto y dos tantos más de ancho, paseo favorito de las milanesas que lo aprovechan con preferencia los domingos. En Milán comien-

za ya la serie de monumentos de mármol elevados a sus grandes hombres por la Italia. Cavour especialmente los tiene en todas partes. En Génova es precioso el que tiene Colón.

El lunes, después de comer, me largué para Turín, descansando algo el bolsillo por el consabido billete circular. En las inmediaciones de Turín comenzó la lluvia otra vez y a eso de las 9 de la noche llovía despacio pero seguido, tanto que en dos días no pasó. La antigua capital de Italia se diferencia de cuantas ciudades he visto en que todas sus calles son a cordel: predominan en ella la gran abundancia de portales, pues hay calles enteras de esa especie. En Turín se visita el palacio real con su galería de armaduras que contiene la espada de Napoleón I, el palacio de Madama, situado en el medio de la plaza principal, dos o tres iglesias, el palacio Coriña, la Academia de ciencias con su museo de pinturas, etc. Turín es muy alegre, con mucha luz y no escasa animación; el río Po, queda a orillas de la ciudad.

De Turín pasé de nuevo a Génova al cabo de dos días, y de Génova seguí en el acto para Pisa, de cuya tristeza sólo puede dar idea la calle de la Compañía por las noches. Hay cuatro monumentos que ver aquí y que están todos juntos: la Torre o campanario de la Catedral, enteramente aislada y bien-ladeada; la Catedral con buenas pinturas y maravillosas puertas de bronce; el camposanto, sepulcro de todos los grandes hombres; y el baptisterio, con un púlpito famoso.



Este es un edificio reducido a una cúpula muy alta y donde deben bautizarse todos los niños del pueblo. No puede figurarse el efecto del eco bajo sus bóvedas, porque la nota más simple la repite con voces tales y por tan largo tiempo que uno se queda pasmado. Efectos del eco recordará Ud. que le dije que los había en el Escorial, así como en la Alhambra en la llamada Sala de los Secretos, donde vueltas dos personas hacia la pared en dos opuestos rincones se oye perfectamente lo que se dicen al secreto. Todas las construcciones anteriores son de mármol.

De Pisa me interné a Florencia, que está sólo a tres horas por un camino hermosísimo. Esta ciudad tiene bastante que ver: su Catedral con una cúpula magnífica y su campanario y baptisterio de una de cuyas puertas de bronce decía Miguel Angel que debía servir de entrada al Paraíso. Detrás del altar mayor está el grupo en mármol, inconcluso pero admirable, de este hombre célebre, llamado la "Piedad". Nada más característico de Florencia que su plaza de la "Señoría". De un lado un palacio antiquísimo con una torre, la más caprichosa que puede darse, y con esculturas de mármol en el atrio; junto a él un pórtico grandioso con esculturas tales como el Perseo en bronce de Benvenuto Cellini, y del otro una enorme fuente de mármol con un Neptuno gigantesco. Al asomar uno allí cree hallarse en la patria de las Artes, mucho más cuando en las calles todo el mundo canta. Allí mismo se encuentra la Galería de pintura y escultura, y atra-

vesando el Arno, el palacio Pitti, soberbio por su riqueza en pinturas. En la biblioteca nacional, así como en la de Milán, nada encontré de lo que busco, pero no así en Turín, donde dí con una de las obras que más falta me hacía consultar para mi trabajo, ejemplar que fué del rey de Italia. Puede visitarse en Florencia algunas iglesias más, pero a mí, francamente hablando, poco me llaman ya la atención, después de tantas que he repasado. En general, las de Italia se resienten de un aspecto demasiado teatral por los muchos dorados que las cubren, pero son hermosas y limpias.

En Florencia vi la ópera "Don Checo", historia de un pobre hombre a quien devora el hambre, y al buen Rossi que tuvimos por allá, donde, si Ud. no ha olvidado, se hacía pedir 2 pesos, mientras que aquí no son muchos los que lo oyen en luneta por 40 centavos.

Tres días mal contados permanecí en la ciudad, y al cuarto por la mañana, a las 9, volvía a Pisa por diverso camino del que traje antes para partir en seguida a Roma, adonde llegué ayer, como dije, a las 10½ de la noche.

Tal es, pues, expresado a la ligera, el resultado de mis excursiones últimas, y tanto y tan bien he andado (pues aún no he usado carruaje jamás) que esta mañana ha sido mi primer cuidado comprarme en 4 pesos un par de botines, pues los dos con que salí de París, a pesar de haber sido muy buenos, ha habido necesidad de desahuciarlos. La salud marcha superior a

lo que pudiera pedirse a una buena por las pruebas por que tiene que pasar y al presupuesto aún no se le antoja tener déficit, como tan de moda se ha hecho ya en el de nuestro buen país. Sólo me faltan noticias de Ud. y de mamá y esta mañana temprano ha quedado ya en el buzón la carta para D. Luis, en que le pido las que pueda yo tener.

Sigamos, pues, con Roma, que no es poco lo que tengo ya que contarle en las cuantas horas que aquí estoy, pues hoy los nuevos botines se han estrenado con una andanza de ocho horas. Yo recuerdo que años atrás, cuando debíamos ir a Chomedagüe por las recreaciones, Ud. nos daba a mí y a Alejandro un programa con distribución de las horas: en fuerza de mis hábitos metódicos y de la necesidad de aprovechar bien el tiempo, me he acostumbrado a distribuir lo *visible* en tantas partes y de cada una de ellas, que serán otros tantos días, le hablaré poco a poco, es decir, volveremos al sistema de Nueva York, etc., y para que nada se me olvide y por tarea y agradable pasatiempo lo noticie de lo que aquí hago, al menos mientras recibo contestación de don Luis, que no será antes de cinco días.

Ha sido mi primer cuidado ir a ver a nuestro cónsul, a quien lo he hallado en casa. Cerca de ella está Santa María del Pópulo, iglesia famosa, en la misma plaza del Pópulo. He visto eso y he subido sobre el cerro a conocer la celebrada "Villa Borghese", casa de campo o palacio más bien dicho que domina toda la

ciudad y la campiña opuesta. He estado después en la plaza de España, uno de los lugares más frecuentados. (A propósito: a los tales peregrinos, que aún se ven bastante de ellos, los han caricaturado en trajes de toreros o como frailes de inmensas orejas y han fijado los carteles en las esquinas). He seguido con las calles del Babuino, y del Corso hasta concluir en la plaza de Venecia, y de ahí, pasando por el Capitolio, he bajado a las ruinas donde estaba el foro romano, arco de triunfo, templos, etc., y por fin, me he detenido en el Coliseo, una de las maravillas que existen en el mundo, teatro de los espectáculos de gladiadores, y arena donde murieron los mártires. En otra dirección he visto la plaza de Savona, el colegio romano, algunos palacios célebres y varias iglesias, entre ellas el célebre Panteón, el resto más hermoso de la arquitectura romana, y lugar donde está sepultado Rafael.

Octubre 30.—He salido a las 8 en busca de lo que fué el teatro de Pompeyo; he visitado la isla del Tíber, donde S. Bartolomé apóstol tiene una iglesia en la cual se le venera; y siguiendo por el otro lado del Tíber, he entrado a la iglesia de Sta. María en Trastevere y he recorrido todo el barrio hasta llegar a S. Pedro, viendo de paso el hospital mayor y el castillo de S. Angelo, antigua tumba de Adriano. La plaza de S. Pedro es muy hermosa, pero la iglesia no me ha producido el efecto que esperaba. Hay mucho már-

mol, muchas esculturas, muchos sepulcros de papas y sobre todo los cuadros de los altares son casi todos de mosaico. A las 11 he llegado a almorzar y a las 12 he ido de nuevo a casa del cónsul, un español Rodríguez que me ha recibido perfectamente quedando de venir a buscarme mañana. Por él he sabido algo de Chile y que el padre Valenzuela estaba aquí. He seguido con la basílica Sta. María la Mayor, y con la de S. Juan de Letrán, ambas en las afueras de la ciudad y a no corta distancia una de otra. En una plaza que está junto a esta iglesia se halla el obelisco más grande de la ciudad, la escala Santa, formada de las piedras de la de la casa de Pilatos, según dicen, y hasta allí mismo llega el grandioso acueducto de Claudio. Pasé por el Coliseo y entré a visitar el palacio de los Césares, todo en ruinas. He vuelto por el foro Trajano, donde está su monumento.

Oct. 31.—Por la mañana visita al Vaticano: Capilla Sixtina, galería de cuadros. A las 2½ he salido en carruaje con el Sr. Rodríguez y hemos vuelto a las 5, después de visitar la *villa* Torlonia y algunas iglesias. Me ha traído el *Ferrocarril* hasta el 9 de setiembre, y en cambio le he regalado un libro sobre Derecho Internacional recién publicado en París que concluía de leer. Después de comer estoy encerrado leyendo los diarios.

Nov. 1.º—Por hoy tenía el plan de alquilar un caballo y salir a recorrer la Vía Apia, deteniéndome en

las catacumbas; pero el proyecto se ha *aguado*, pues todo el día ha estado lloviendo despacio.

Haciendo un cambio de posición, me he ido a visitar el palacio del Quirinal, donde reside el rey y su familia, y lo he recorrido todo, desde el gran salón de recepciones oficiales hasta las piezas privadas de la princesa. Bajando la pequeña altura en que está situado, y subiendo por otro lado al monte Capitolino, he recorrido la galería de pintura y escultura de lo que se llama palacio de los Senadores. Y, por último, he visitado las ruinas de las termas de Tito, que quedan ya bajo de tierra, y las de Caracalla, que quedan algo distantes, pero que lo fresco del día y un camino por entre árboles que con sus hojas cubren ya el suelo, me han hecho la excursión en extremo agradable. Como a la vuelta pasase por el convento en donde está hospedado el compatriota Valenzuela (a quien conocí en Lima) me he llevado charlando con él largo rato. Mucho me ha animado a que solicite una audiencia para visitar a Su Santidad. En la noche he continuado con los diarios, pues las afueras, además de estar muy heladas, nada de interesante ofrecen.

Nov. 2.—Por la mañana he tenido la visita de Valenzuela, que parte mañana a Estados Unidos. Anda en busca de comprador para las haciendas que la orden tiene en el Ecuador. Después de almorzar, visité al museo del Capitolio, y al de S. Juan de Letrán. Después he ido a dar al otro extremo de la población

a conocer la galería del palacio Barberini y el panteón de los capuchinos. Estos padres han desenterrado a los compañeros y vestidos sus esqueletos los exponen al público en piezas cuyas paredes, techos y lámparas, etc., están formados de huesos. Los curiosos abundan. He ido en seguida a buscar caballo, pero me han pedido 10 francos por tres horas, y a la vuelta me he llevado recorriendo las tiendas de la calle del Corso, la principal arteria de la ciudad. Roma tiene de parecido con Santiago la abundancia de carruajes particulares y cierta ostentación y opulencia que no se ven en otras partes. ¡Cosa rara! muy poco se hacen notar las muchachas alegres; por lo demás, en ninguna parte he visto tanta peregrina hermosura como aquí.

Nov. 3.—La primera mitad del día ha sido dedicada a visitar el convento en que murió el Taso, donde tiene su sepulcro y donde se conservan en la celda que ocupó algunas de las cosas que fueron suyas. Este convento de S. Onofrio está situado al otro lado del Tíber, sobre el monte Janículo, no lejos de S. Pedro. Pasé después a continuar una excursión por el Vaticano, viendo la galería de escultura, alojada en espléndidas salas, cual la grandeza de los monumentos lo requiere. Recorrí también la biblioteca y otros museos accesorios que allí se encuentran, y, por último, traté de solicitar una audiencia del Papa, pero me exigieron formalidades que no estoy dispuesto a cumplir, principalmente porque ya no tendría tiempo. Después de

almuerzo me he entretenido en la Biblioteca de la Minerva, tenida por los padres dominicos de un modo que les honra, y en la del Colegio Romano, algo inferior.

Aunque mañana pudiera desocuparme, pues sólo me quedan por ver las catacumbas (Vía Apia) y dos palacios, deseo pasar el domingo en casa, tanto más cuanto que aún no recibo sus cartas, que espero por esta noche.

A las 2½ de la tarde me ha venido a buscar el Sr. Rodríguez y juntos hemos visitado la tumba de los Escipiones, las iglesias de Sn. Sebastián y *Domine quo vadis*. Sin duda le llamará la atención este nombre. Cuenta la tradición que S. Pedro escapaba del suplicio un día saliendo de Roma a paso más que ligero, cuando en el camino se le apareció Jesucristo y el Apóstol le preguntó: “Domine quo vadis”, “Señor, a dónde vas”. A lo que le contestó: “A que me crucifiquen de nuevo”, con lo cual el santo volvió para morir. En una de estas iglesias, edificada en el lugar del suceso, existe en el suelo una piedra de mármol con la impresión de los pies de Jesucristo (segunda que ponen porque con los besos se gastó la otra) tomada del original que está en S. Sebastián en compañía de 174,000 reliquias (textual). En el convento me convidaron a beber su copita de vino de la huerta, y a fe que no era malo. Más adelante (porque todo esto está en la Vía Apia) se encuentran las catacumbas de S. Calixto, a las cuales se descende con luz. Mis ideas de grandiosidad

que atribuía a tan célebres construcciones se han visto algo reducidas; pero, en fin, se palpan ahí de cerca las pruebas por que aquellos primeros cristianos tuvieron que pasar. Las catacumbas son simples panteones. Otra clase de sepulcros que por allí se encuentran son los "columbarios". Yo visité los de los libertos de Augusto y los de los de Pompeyo. Son sepulcros con nichos pequeños en las paredes, cada uno de los cuales tiene dos cavidades, por lo general donde se depositaban las cenizas, cubiertas con una tapadera de barro, etc. En cada uno de los dos había lugar como para mil quinientas personas y quitando la tapadera se ven aún las cenizas. Las obras de arte que tales monumentos tenían están en los museos. Nada hay tan bello en el Vaticano como las tumbas de Sta. Elena y Constan-
cia, madre la 1.^a de Constantino.

Seguimos después la Vía Apia adelante, cubierta en ambos lados de restos de sepulcros en una enorme extensión, bien adoquinada y perfectamente recta. A la vuelta invité a comer al compañero, pero se excusó quedando de volver con tal objeto mañana. Iremos también al teatro a oír los Lombardos, y espero así cubrirle las atenciones de que he sido objeto de su parte.

El tiempo está como me agrada: bien fresquito pero con el cielo puro.

Las castañas tostadas se venden a 40 por 2½ centavos. Las vendimias han concluído. La uva, mala.

Llegó el correo, pero no trajo cartas.

Nov. 4.—Hoy he salido a las 9½ y he estado de vuelta muy cerca de las 4. Primero he visto el palacio Spada, o sea, la corte de casación, donde se guarda la estatua de Pompeyo, a cuyos pies cayó César en el Senado. Después, pasando el río, he entretenido largo rato en la galería del palacio Corsini, y, por último, he empleado lo restante del tiempo recorriendo la villa Borghese, a la cual he vuelto por visitar su galería de esculturas.

Esta tarde ha venido Rodríguez a comer, pero no ha podido acompañarme al teatro.

Mientras tanto, D. Luis no dice esta boca es mía y realmente hay tantas causas que pueden haber contribuido al retardo, que me parece inútil fijarme en ninguna; y de todos modos es forzoso que parta pasado mañana. Veremos todavía qué podemos esperar. Al fin Rodríguez me remitirá otra vez las cartas a París. Con esto no sabré de ustedes hasta dentro de cuarenta días lo menos.

Mañana domingo quizá me anime a una excursión a S. Pablo, en las afueras de la ciudad.

A mamá, después de esta larga y menuda carta, se encargará Ud. de decirle que como lo comprenderá, nada tendría que agregarle. Sírvame, pues, ello de excusa si no le escribo por separado.

Tanto a Alejandro, como a Stiven y abuelita y

tías, y demás que pregunten dará recuerdos de mi parte; que como siempre es todo suyo,

Su hijo,

José Toribio Medina.

P.D. Hasta Viena.

VII

Viena, noviembre 16 de 1876.

Querido padre:

Continúo aquí mi carta interrumpida en Roma. El día mismo que la puse en el correo (la víspera de mi partida) cuando, como le decía, desesperaba de tener noticias de Uds., llegó en la noche la deseada contestación de D. Luis remitiéndome tres de Ud., fechas en 4 de agosto y 7 y 12 de setiembre. Sospecho, pues, que alguna se habrá perdido, pues en más de un mes sin duda que Ud. me habrá dirigido alguna. Veo por las tuyas que también una mía, escrita de Davenport, no ha llegado a su poder.

Antes de dejar a Roma hice mi excursión a S. Pablo, a pie y con un tiempo delicioso, visité después un interesante museo de educación fundado en el colegio romano y, por último, me despedí de Rodríguez. A las 9 de la mañana siguiente tomaba el tren de Nápoles, adonde llegué a las 4 de la tarde, después de recorrer un trayecto en su mayor parte casi abandonado

del cultivo por los muchos bajos que lo cubren. Nápoles es la ciudad más grande y poblada de Italia, pues tiene medio millón de habitantes; se halla muy bien situada al pie de los cerros y a unas cuantas millas solamente del Vesubio. Difícil me parece encontrar una población de más mendigos y gente miserable. Un día entero me demandó la visita del museo Borbónico, por sus colecciones de estatuas antiguas, reliquias de Pompeya, pinturas, vasos, medallas. No es lo menos curioso un museo secreto que se halla en él destinado a exhibir las costumbres y degradación del pueblo romano. Muy digno de admiración es también el palacio Capodimonte sobre una de las colinas que dominan la población, por sus pinturas y sus parques y jardines que me recordaban los de Hampton Court. En otra colina está el antiguo y famoso castillo de San Telmo y a su pie la Cartuja de S. Martín. El teatro es muy bueno, la catedral sobresaliente, el panteón bastante curioso y grande, el hospital enorme, la calle de Toledo tan animada casi como la City de Londres. Pero sobre todo esto Pompeya y el Vesubio. Pompeya queda a tres cuartos de hora de ferrocarril. A la entrada se paga 2 francos y se tiene un guía que lo conduce a uno por todas partes y le explica los diversos monumentos; andábamos juntos un español que vivía en el mismo hotel que yo y un alemán que me pidió le permitiese acompañarme (sic!). El efecto que me produjo la entrada por la puerta llamada de la Marina fué el mismo que si hubiese entrado a una

verdadera ciudad, sólo porque llovía y a la cual sólo faltaban los techos de las casas. Contar lo de Pompeya cuando, como Ud. sabe, se han escrito sobre ella enormes volúmenes, no es tarea fácil ni posible para una carta. Quede, pues, la materia reservada para nuestras conversaciones de la tarde. Debo, sí, decirle que lo que más me llamó la atención fué el tribunal de justicia y la cárcel, la disposición de las casas y los establecimientos de prostitución. Muy curioso es también el reconocimiento de los cadáveres que se han hallado. Ese mismo día subimos al Vesubio alquilando al efecto caballos en Pompeya por \$ 1.50, y que nos condujeron como a las dos terceras partes del cerro. En adelante, hicimos una ascensión algo penosa por la mucha ceniza, la gran pendiente (50%) y el humo o ácido sulfuroso que casi nos ahogaba y el viento heladísimo que soplabá. Al fin llegamos al cráter. Aquello es imponente. Donde pisábamos estaba el fuego brotando materialmente y para abajo sólo se veía un inmenso agujero sin fondo respirando vapores de azufre. A la vuelta probamos el famoso "lacrima Chrysti", y a eso de las 9 de la noche estábamos en casa sin novedad. Estuve al otro día en las grutas famosas de Pansilipo, sobre cuya entrada existe lo que se cree el sepulcro de Virgilio. En Nápoles me aproveché de andar en carruaje, pues sólo cuesta veinte centavos la hora.

A las 4 de la tarde salía para Boloña, donde llegué al otro día a las 12, trayecto que, a pesar de lo

extenso, no me molestó. Por aquí cayó ya la primera nieve.

Boloña es bastante curiosa con sus torres aisladas e inclinadas características y por estar casi toda edificada sobre portales. Tiene una hermosa y grande catedral y un museo de pinturas pequeño pero bueno. En Santo Domingo está el sepulcro del santo frente a frente con el del famoso pintor Guido Reni y su graciosa cuanto infeliz discípula.

A las 6 de la tarde seguía para Venecia, adonde llegué a las 12½ de la noche. Es cosa verdaderamente romántica descender del tren a esa hora, embarcarse en una de esas góndolas tan originales e internarse en aquellas calles más originales todavía, cubiertas por canales atravesados de puentes y pasillos y tan silenciosas y tristes que parecen desiertas. Ni un ruido, ni un carruaje. Aquello parece un sueño.

Al otro día temprano visité la catedral, la iglesia más rara que he visto; subí a su campanario aislado en medio de la plaza de S. Marco; visité el palacio ducal y me fuí a la isla del Lido, y a S. Lázaro, otra isla ocupada por un convento de armenios donde se imprimen obras en este idioma. Anduve todo el resto del día registrando aquel dédalo de vericuetos y salidas, viendo vender en los puestos manzanas asadas y zapallo. Las venecianas son buenamozas y amables (al parecer); pero me llamó la atención la poca gente señorial diré que vi. El teatro que vi por la noche, no vale. Estuve al otro día en una fábrica de artículos de vi-

drios, en la iglesia de los Frari, verdadero panteón de notabilidades venecianas, así como S. Juan y S. Pablo. Sin más que recorrer me fuí a Verona a dormir; y a las 4½ de la mañana iba ya en camino de Munich por las cordilleras del Tirol, llenas de paisajes hermosísimos y cubiertas de nieve hasta el pie. A las 6 de la tarde llegaba a Munich, atravesando parte de Italia, el Austria y parte de Prusia. Algún cuidado traía porque los alemanes no me fuesen a exigir pasaporte, pero no han dicho una palabra.

Munich es una ciudad muy interesante, llena de monumentos y de cosas buenas diré. Lo que más me ha sorprendido en mi ignorancia es que las 4/5 partes de la población es católica, de tal modo que en la ciudad sólo existen dos pequeñísimos templos protestantes. Las iglesias católicas son sobresalientes. Las estatuas numerosas y muy buenas, los establecimientos de educación que vi, espléndidos, verdaderos palacios de todo lujo, como ser la Universidad, la escuela politécnica. La Biblioteca tiene 800,000 volúmenes y ocupa un enorme y espléndido edificio; por desgracia no he hallado lo que me falta. El palacio del rey lo visité al pormenor (tiene dos), así como el Museo Nacional, establecimiento el más curioso que he visto. A la entrada se ven ya cañones tomados a los franceses, y estatuas de reyes; en el primer piso, curiosidades de iglesias; en el segundo, armas; en el tercero, muebles, utensilios, vestidos, relojes, trabajos de marfil, de loza, de cristal, gobelinos, etc. La galería de pinturas es es-

pléndida, no hay allí nada que desechar como en otros museos. Tiene dos edificios aparte muy hermosos, junto a los cuales está la Gliptoteca, suntuosa construcción que contiene las estatuas, y no lejos de la cual está un palacio de cristal. En los alrededores se hallan: la estatua de Baviera, a cuya cabeza se llega por ciento y tantos escalones y donde caben según dicen hasta 15 hombres; la fundición real, donde vi trabajar las estatuas; un afamado establecimiento de baños que recorrí con el doctor en persona, con el cual me vine en el coche a beber una copa de cerveza en la cervecería real, donde la vi fabricar. Fuí también a la penitenciaría pero no logré entrar; por fuera es insignificante. Por último, en el teatro principal vi en la noche el "Trovador" en alemán, la cosa más risible que puede imaginarse.

De Munich hubiera deseado bajar en parte el Danubio, pero la navegación está cortada hace ya más de un mes. Salí por ferrocarril ayer a las 8 de la noche y hoy a las 7 de la mañana he llegado a Viena.

La salud ha continuado hasta hoy muy bien y especialmente a causa del tiempo frío que tan bien me sienta he tenido el apetito muy bueno. El presupuesto va superando a mis cálculos, pues he tenido que llegar aquí con lo que destinaba a la Italia. Sólo anoche me ha sucedido un pequeño percance originado de un error en que me hicieron caer, y de las dificultades de no darme a entender en alemán, pues mientras bajé a abrir mi maleta para el registro, cambiaron de tren y



perdí el sombrero y el paraguas. Este lo había comprado en N. York en \$ 2.50 y el otro en Londres; aquél ya en mal estado, pero éste muy servible. He llegado, pues, a Viena con mi gorra de viaje. A consecuencia también del idioma, de aquí en adelante no podré ser tan económico como antes, pues aquello del francés no es tanto lo que sirve como se cuenta.

El viaje se va haciendo ya algo molesto a consecuencia de la entrada del invierno, mucho más para mí familiarizado ya con el clima del Perú. Por allá no se tiene idea de lo que es un invierno de éstos. ¿Cuándo, por ejemplo, hemos visto los ríos helarse, la nieve o hielo en las calles de 4 pulgadas de altura y el aire a menos de cero grado? Agregue Ud. que es necesario andar por el lodo todo el día y con los pies helados y verá que la perspectiva no es agradable, sin contar con las indispensables trasnochadas. Sin embargo, debo concluir ya que he comenzado, abarcando aún en mi programa (si los recursos lo permiten) Praga (1 día), Dresden (2 días), Berlín (4 ó 5), Leipzig (1 día), Hannóver (1 día), Utrecht, Amsterdam, Amberes y Rotterdam, 1 día cada una, y 4 para Bruselas. De modo que en un mes no pienso llegar a París.

Viena me ha parecido muy hermosa ciudad, reservándome contarle mis impresiones por menudo desde Berlín.

A mamá que siempre la recuerdo mucho, así co-

mo a Alejandro, reservando para Ud. todo su cariño su hijo,

José Toribio Medina.

VIII.

Berlín, noviembre 27 de 1876.

Querido padre:

Antenoche a las nueve he llegado aquí con toda felicidad. Continuaré, pues, dándole cuenta de mi marcha, ya que espero sea ésta la última vez que le escriba antes de llegar a París.

Como le anunciaba en mi anterior, Viena me hizo buena impresión, y en efecto, en el tiempo que en ella permanecí nada vino a hacerme formar un juicio contrario. La parte de la ciudad encerrada por el Danubio, la más antigua y centro de las grandes construcciones, de los teatros y del comercio, es bastante hermosa y sobre todo muy animada. Más afuera ya las construcciones son más modestas, naturalmente, pero hay con todo algunas calles, como la Marienstrasse, que hasta lo último se ven cubiertas de tiendas de toda especie. Viena tiene el gran recurso de los carritos urbanos que permiten a poca costa recorrer lo mejor de sus calles. El pueblo vienés me ha parecido vividor por excelencia, es decir, amigo de la buena vida y del placer, y el extranjero se encuentra en medio de él con

poco menos familiaridad de la que se atribuye en París.

Llama, desde luego, la atención el palacio del Emperador, o más bien dicho, las construcciones anexas a él, que contienen el museo de historia natural, el mineralógico, colección de antigüedades, biblioteca, etc. Inútil creo hablarle por extenso de estas diversas instituciones, pero debo expresar que me ha chocado la circunstancia de estar más bien afectas al patrimonio real y no al pueblo. Por lo demás, no son de las mejores de Europa, pues baste decirle que en cuanto a la biblioteca, por ejemplo, no es permitido consultar el catálogo, exactamente como en las recelosas regiones del Vaticano. En las afueras del palacio se encuentran bellas estatuas (los príncipes se las decretan a su gusto), dos iglesias y un teatro. Una de las iglesias, S. Agustín, contiene varios monumentos de la familia imperial, que tiene la costumbre de enterrar en otra parte los *corazones* de los reyes, etc. También en los Capuchinos, o aquí más bien dicho, está ahora el sepulcro de la familia real, que está bien descuidado.

Muy cerca también, la Opera, espléndido edificio de piedra, abrumado de dorados en su interior. Una noche escuché ahí una ópera de Meyerbeer, con muy buen aparato, pero como el canto alemán que hasta aquí he oído, detestable. Los teatros abundan en Viena y especialmente los salones de conciertos. En uno de ellos vi al célebre Strauss dirigiendo la orquesta. Son también muy frecuentados los lugares de baile;

pero no quise ir por no hallarme solo, por no poseer el idioma y por no verme obligado a gastar, porque Ud. comprenderá que allí no es posible desempeñar el papel de mero observador.

La Catedral de Viena, San Esteban, situada en el mismo centro de la vieja ciudad, es un monumento gótico grandioso, con una torre muy curiosa. En Viena el pueblo es católico, los protestantes tienen dos iglesias no más, si mal no recuerdo, y una los judíos. Por lo demás, las iglesias son insignificantes, a excepción de S. Carlos, con sus dos columnas en forma de las antiguas romanas, y la iglesia votiva que aún no se abre.

El palacio de Belvedere, algo afuera, contiene las colecciones de cuadros. Hay dos o tres salas de gran valor, especialmente la que tiene las obras de Rubens. Por allí mismo está la colección de Ambras (antigüedades) que no está abierta en invierno, y algo más lejos todavía, el Arsenal (fábrica de armas), espléndido y enorme edificio. Como después de Wolwich esto no ofrece interés, no me dediqué a una visita especial o detenida. De ese lado se encuentra también un instituto geológico y una escuela de veterinaria.

En otra dirección, la Praterstrasse, barrio muy animado, por el cual se va al local de la antigua exposición y a la estación del ferrocarril del N.O. pasando al lado de dos grandes y hermosos cuarteles. Según lo que pude juzgar del sitio de la Exposición, debe ha-

ber sido la de Viena harto más animada que la de Filadelfia en sus afueras.

Se me olvidaba decirle de mi visita a las caballerizas imperiales, verdadero palacio de gran extensión, lleno de carruajes antiguos e históricos y de una gran colección de modernos. El todo es muy superior a las de la reina de Inglaterra.

De las otras cosas de Viena, como colecciones particulares de cuadros, a que por aquí dan tanta importancia en los viajes que los emprenden con sólo ese objeto, no hay nada que decir. Mucho que ver encontré en una exposición anatómica de figuras de cera, algunas de ellas con movimiento. Gran sensación producía a este respecto sobre todo un soldado herido que respiraba como si viviese. En un hermoso pasaje estuve dos noches en un bazar establecido en toda su extensión, donde se vendían cosas de poco precio. Era aquello un verdadero paseo. Nevando llegué a Viena y nevando salí para Praga a los seis días. En Praga me quedé el día, tiempo suficiente para ver lo que hay de curioso. En lo alto de una colina que domina la ciudad, un enorme monasterio; algo más abajo, una capilla construída exactamente como la de Loreto en Italia, que se dice fiel reproducción de la casa de la Virgen que transportaron los ángeles a Italia, junto con la imagen que esculpió S. Lucas, que nunca hasta entonces había entendido una palabra de tal arte. Todavía en el cerro, la catedral, a medio construir, con sepulcros de varios santos (entre otros S. Juan Ne-

pomuceno en el cual hay 14 quintales de plata) y magnates. El puente sobre el río Moldan es muy bueno. Se señala en él el lugar de donde echaron abajo a S. Juan Nepomuceno. Hacia la izquierda del puente está el barrio de los judíos lleno de calles tortuosas y de viejos edificios. Es curioso de ver un antiguo cementerio y una oscura sinagoga, más sucia que un corral. En la plaza principal, la Municipalidad y la antigua iglesia de los husistas, célebres en la Edad Media por sus cuestiones religiosas. La población en general me pareció atrasada. De Praga a Dresden hay como seis horas. Esta última ciudad es bien interesante y tiene en su tranquilidad cierto encanto que atrae. A orillas del Elba están reunidos los principales monumentos: el palacio real, el de Zwinger, o museo general, la iglesia católica (aquí están en minoría) y el teatro de la ópera en reconstrucción. De los museos, el histórico estaba cerrado y el geológico y de historia natural son de segunda importancia, no así el de pinturas, que es excelente. El palacio japonés está al otro lado del río y encierra las estatuas, medallas, etc., y una excelente biblioteca (600,000 vols.; ¡la de Santiago tiene 40,000!). La calle de Praga es la mejor a mi juicio, aunque hay otra del lado con una gran calle de árboles al medio, muy parecida a la Alameda hacia S. Isidro.

A los dos días seguí para Leipzig, ciudad de 100 mil habitantes, centro de la librería alemana. Tiene un gran teatro, una buena universidad, una enorme fortaleza, un paseo que la rodea hacia el centro, y, so-

bre todo, gente muy trabajadora. ¡Más que nada es curioso de saber que hay en ella 200 librerías y 40 imprentas! Yo me llevé dos días muy entretenidos en los anticuarios registrando lo que pudiera hallar de interés para nosotros. Después de tres horas y media de marcha arribé a Berlín, donde pienso quedarme cuatro días más. La capital de Alemania, aunque no tan bonita como Viena, me agrada más y es realmente sin comparación más importante. Me reservo hablarle de ella desde París.

De Berlín seguiré para Hannóver, que se encuentra en mi camino de vuelta, y estaré un día; y, en seguida, me encontraré ya en Holanda, debutando con Amsterdam, si es que Utrecht, por el cual voy a pasar, no me tienta. (Es ciudad de tercera o cuarta importancia). De Amsterdam, a Rotterdam, La Haya, Amberes, Bruselas. Creo, pues, como le he anunciado anteriormente, que a mediados del mes entrante arribaré a París. Por fortuna, el tiempo ha mejorado algo, no hace tanto frío, ni llueve y sin embargo, amanece muy tarde y a las cuatro ya está de noche.

¿Qué más puedo comunicar a Ud. o a mamá? Que veo con gusto irse acercando el término de un viaje afortunado hasta ahora por cuanto me acerca a Uds. cada día más. Tal es lo que abiertamente les confiesa su hijo,

José Toribio Medina.

IX

París, diciembre 11 de 1876.

Querido padre:

Decididamente he llegado a París el 8 bajo buenos auspicios, a juzgar por las noticias que he tenido por sus cartas; mas, antes de entrar a apreciarlas, permítame que continúe imponiéndole del curso de mi viaje, desde Berlín, donde me dejó mi última carta.

Algo de parecido a Londres he hallado a Berlín, tanto como aspecto exterior como en el modo de ser de sus habitantes, al cabo vástagos de una misma raza. Pocas apariencias, pero algo más de comfortable. Las curiosidades de Berlín están poco menos que reunidas en un corto trecho: las inmediaciones del palacio imperial, edificio inferior a muchos de los de Santiago, y cuya puerta, a pesar de hallarse en él el monarca, divisé constantemente cerrada. Así, por ejemplo, al frente está la Universidad, que encierra el museo de historia natural, colección de primer orden; el parque de artillería con sus trofeos franceses; al lado sigue el palacio del príncipe heredero; y poco más lejos el castillo, enorme edificio, amoblado con sobrado lujo; el teatro de la Opera; la iglesia Sta. Hedwig, imitación del Panteón de Roma; la biblioteca; al frente, puente de por medio, la catedral con algunos sepulcros; los museos de pintura, escultura y antigüeda-

des. El etnográfico lo visité sirviéndome de guía nada menos que Bastián, su Director, a quien presté análogos servicios en Lima. Salvo este último, los demás museos, es decir, los de bellas artes, valen muy poca cosa. Un poquito más lejos, la Bolsa, hermoso edificio que visité mientras duraba toda la fiebre del agio: hay para los espectadores pasivos una galería superior, a la cual, por cierto, las mujeres nunca dejan de ir a curiosear. No muy distante aún, un museo histórico y una preciosa sinagoga, que me enseñó una hija de Israel no menos bella, aunque perfectamente interesable. Por ese lado quedan aún el Hotel de Visle, monumento arquitectónico moderno, realmente espléndido. Puede decirse que casi todas estas construcciones están en una sola calle, sin duda la más de tono de Berlín: Unter der Linden. En ella queda todavía el Aquario, construcción extraña, alumbrada por gas y muy interesante de visitar. De esta calle parte una galería o pasaje muy bonito, en el cual hay otra cosa curiosa: un panóptico o museo de figuras de cera donde se ven representados o copiados los cuadros de las galerías, los hombres que más llaman la atención en el día, o escenas amorosas. A lo último de la dicha calle está un gran parque, en cuyas avenidas es el paseo de la gente de buen tono, que encierra teatros, monumentos, el jardín zoológico (muy bonito) y que conducen por último, mediante los carritos urbanos a Charlottenburgo, especie de San Bernardo, decorado

de un hermoso palacio y de sepulcros reales más hermosos aún.

Esto es lo más culminante de la capital alemana, de la cual me habían hecho formar muy distinta idea. La vida es quizá la tercera parte más barata que en Viena. Yo, al menos, gasté en esa proporción y viví mejor: es cierto que el tiempo me favoreció, pues, además de no hacer frío, los días estaban deliciosos. Un detalle que no debo olvidar (nueva semejanza con Londres) es la cantidad de muchachas alegres que corren las calles; hablan de París a ese respecto como un lugar temible, pero no tiene comparación con Berlín, donde existen a la fecha *matriculadas* la respetable suma de 36,000 doncellas de vida alegre.

Al fin y al cabo, no me decidí por detenerme en Hannóver, y así fué que saliendo a las 10 de la noche, llegué como a las 9 del día siguiente a Amsterdam. ¡Qué cambio tan enorme pasar de Alemania a Holanda! Allí todo el campo triste, desolado, casi sin un árbol, aquí lleno de verdura, de casas risueñas, cruzado de canales. Parecía que la primavera aún no se hubiese alejado de allí. A primera vista, Amsterdam es como una segunda Venecia, con sus mismos canales en las calles, pero toda brillante de limpieza y animada por el trabajo y el comercio extranjero. Lo más célebre es que los tipos antiguos, hasta los trajes de las mujeres se conservan en parte sin alteración. La vida es cara, muy cara; sin embargo, a mi agradó lo bastante para pasar tres días en ella.

En Holanda, y en Amsterdam especialmente, predomina una gran variedad de cultos, algo como lo que pasa en Estados Unidos. Las iglesias se distinguen en su interior por la serie de compartimientos, bancas, etc., de que están materialmente cubiertas. No es bien visto quitarse en ellas el sombrero. Las casas son muy feas, así como las damas y los hombres extremadamente curiosos; hay también muchísimos judíos. El Museo de pinturas es excepcional por los numerosos cuadros nacionales que contiene; el jardín zoológico, hermosísimo; el puerto, muy animado.

De Amsterdam me fuí a La Haya, que está a tres horas de distancia. La Haya es la residencia de la corte, así es que se distingue por su buena sociedad, sus edificios, la tranquilidad que reina en ella. Rotterdam está apenas a una hora de camino y es del mismo estilo que Amsterdam. Amberes, ya en Bélgica, queda como a siete horas. Tiene una espléndida catedral, y un museo de pintura que contiene las mejores obras de Rubens. Bruselas queda a una hora escasa. Debo confesar que mi llegada a Bélgica ha sido uno de los peores ratos que he tenido desde que viajo. Figúrese Ud. que, a consecuencia de no estar terminado un puente sobre el Escalda, hay que ir a otro extremo de la población (y no me fué cosa fácil averiguar cuándo y cómo se iba) y de ahí tomar un vapor en medio de un temporal deshecho; llegar a la estación del ferrocarril, anticipándose la partida del tren; no hallar dónde procurarse boletos; no darlos sino para un trayecto

limitado; cambiar en una hora siete veces de convoy; someterse al registro de equipajes; no entender el holandés; aguardar los cambios a campo raso; figúrese Ud. todo esto y algo más, y tendrá una mediana idea de la paciencia que se necesita tener en ocasiones en estas andanzas. En fin, llegué a Bruselas y con buen ánimo me puse a visitar la ciudad: ya la catedral, el museo de pinturas, la biblioteca, el museo de historia natural, los bulevares de circuito, el hotel de ville, Manneken Pis, de quien Ud. ha oído hablar a D. Juan Stuvén. Bruselas tiene el pasaje más largo del mundo, y en él me paseé bastante. La ciudad es simplemente en todo y por todo una ciudad francesa. Desde este punto de vista nada de interés ofrece. Me quedaba el trayecto de París, que dura siete horas, y que he hecho sin novedad. Llegando del norte, para buscar mi instalación en el barrio latino, el más barato y el centro de los estudios, tuve que atravesar la ciudad de extremo a extremo casi; afortunadamente, la tienda de Richard estaba aún abierta, y así tuve el gusto de recibir las cartas de Uds. que habían llegado ese mismo día, así como el número del *Independiente* que me remitía. Aproveché, además, de llevar mi maleta grande para irme a instalar definitivamente a una *maison meublée*, Rue Racine 4, a un paso del Colegio de Francia, de la Sorbona, del Panteón, del Luxemburgo, de la Biblioteca de Sta. Genoveva, de Talavera, Sasy, Mujica, Gacitúa, etc.; pagando por la pieza en el primer piso, con vista a la calle, diez pesos mensuales. Temprano en la

mañana siguiente vi a D. Luis y a madama; me mandé a hacer ropa, etc. Ayer he comido invitado por D. Luis y en compañía de D. Augusto y familia que parten para ésa en el mismo vapor que la presente.

Previos estos preliminares, entro a ocuparme de sus letras.

Sin duda que he tenido por qué lisonjearme con el informe de Vicuña acerca de mi trabajo, como también de que a Ud. no lo veo tan peleado con la literatura. Al fin ella proporciona ratos agradables y puros y no es esto lo que menos pueda desecharse en el camino de los años. Hasta aquí no se conoce ejemplo (como la política los cuenta a millares) de arrepentidos de sus veladas literarias. Convengo en que los que carecemos de fortuna no deben hacer de ella su exclusiva ocupación, al menos en Chile. Agradezco, pues, sus parabienes; aunque séame permitido manifestarle que no me ha sucedido lo mismo con la claqué, por más que reconozca y aprecie en todo lo que vale el noble móvil que la ha inspirado. Una vez, pues, por todas y con cualquier motivo que sea, si no quiere apesadumbrarme, opóngase directa o indirectamente a toda manifestación pública de amigos demasiado precipitados. Robinson amaba su isla solitaria y jamás se vió más turbado, según refiere su verídica historia, que cuando llegó a percibir en la arena la huella de un pie humano; y mucho peor me creo que hubiera sido si la planta que la formó hubiera sido santiaguina.

En cuanto a la impresión del libro en Europa, es

inútil pensar en ello por ahora, por cuanto una cuarta parte de los materiales que aún necesito están allí mezclados en la librería de Eyzaguirre, que en aquel entonces, por más que hice, no pude consultar. Todo lo que con esto se habrá perdido (lo que no es poco), es solamente la mayor circulación del libro.

La aprobación universitaria, como la llegada de Cruz con mis libros, me dejan, pues, muy tranquilo.

Después de lo que llevo escrito tengo aún tanto y sobre tantas cosas de que hablarle, que realmente no sé por dónde comenzar. Voy, sin embargo, a abordar lo que primero y más gravemente se presenta: la cuestión de mi vuelta. Ya en anteriores le había indicado el propósito de salir de aquí en febrero o marzo, y ahora veo que Ud. me anticipa como *su más ardiente deseo* que me quede aquí siquiera seis meses. Nada había querido significarle aún, en vista de la manera de expresarse de mamá, el itinerario completo de mi regreso; pero Ud. levanta un punto del velo y ahora me toca descorrerlo por completo. En efecto, no sólo pienso pasar a Buenos Aires, sino a toda costa volver a Chile por la cordillera, condición *sine qua non* de mi viaje, ganando con esto, si no en economías, cuestión de no mucha importancia para el caso, el conocer nuestra turbulenta vecina y ahorrarme a la vez medio mes de navegación y navegación del Estrecho. Pues bien, esto no puede hacerse permaneciendo aquí seis meses, y la disyuntiva viene a quedar en esto, dos meses o un año. Me atrevo a creer que Ud. está por esto

último, y así como mi mayor anhelo es darle gusto, voy en este tiempo a ensayar, casi con la certeza de que lo conseguiré. Nace de aquí una circunstancia que me tiene realmente perplejo, ¿qué voy a hacer en estos doce meses? ¿De qué me ocupo? ¿Qué debo elegir como tema de estudio especialmente? ¿Qué es lo que puede gustarme y convenirme al mismo tiempo? Le digo francamente que con el programa de los cursos a la vista veo tanto y tan poco a la vez que no sé qué hacer. Por ejemplo, vea Ud. las lecciones que hay mañana y juzgue: Colegio de Francia: A las 9, literatura latina; a las 12, filosofía griega y latina; a las 2, lengua y literatura francesa de la Edad Media; a las 12, economía política; a la 1½, derecho natural y de gentes. En la Sorbona, algo de parecido al programa anterior, y en la facultad de derecho, los estudios de cajón, código civil, derecho romano, derecho de gentes, y como especialidades, las siguientes: Bonnier hace una clase de “derecho criminal y legislación penal comparados”; historia del derecho romano y del derecho francés, etc. Como Ud. ve, lo más interesante para el abogado, el derecho civil, siendo distintas las leyes no ofrece gran provecho, amén de lo que los cursos orales no enseñan más que los escritos. No es lo mismo que en las ciencias médicas, donde el experimento y el profesor tanto ayudan. ¿Estudiaría los impuestos prácticamente? ¡No soy hombre de números! ¿La instrucción? Si no me ocupo de algo que sólo aquí pueda obtenerse no vale la pena, a mi juicio, de que-

darme aquí largo tiempo; ahora en cuanto a conocer a París por dentro, como Ud. dice, es necesario que nos entendamos por lo que Ud. entiende por esto. Hay a un paso de casa, por ejemplo, un baile de estudiantes que concluye a las 11½, a un franco la entrada, muy frecuentado de las muchachas buenamozas; viendo uno, todos los demás son lo mismo. Y en general, debo decirle que en resumidas cuentas el mundo es en todas partes lo mismo, y a no ser por impregnarse de cierto aire de una vida especial, ninguna otra cosa de particular ofrece. Y Ud. quizá no sabe lo que es estar solo, porque con los chilenos no hay que contar. Pero, en fin, yo reconozco que debo quedarme y así lo haré. Eso sí que no me pida después más de lo que buenamente puede sacarse de tal permanencia. Viviré aquí más o menos contento, alquilaré luego un piano, voy a verme acechado de infinitos deseos que no podré cumplir; ¡quizá al fin y al cabo tanto me agrade este buen París que después a duras penas salga de aquí!

Esto me conduce a hablarle dos palabras de la futura venida de Alejandro. Es ya incuestionable que esto no tendrá lugar sino después que se reciba; pues bien, con el título en el bolsillo, aquí no se estudia, y si realmente ese ánimo existe y se persevera en él, es necesario de *todo punto* volver a comenzar desde el a b c médico. Disparate y grande sería a mi juicio que pensase en reemplazar a Puelma contrayendo compromisos de que no tiene necesidad. Indispensable me

parece que salga, pero nada más que por corto tiempo y a conocer estas tierras y maneras. Gente más sería pensar sin duda de diverso modo, pero yo estoy viendo aquí lo que sucede en nuestros buenos compatriotas.

He recibido su letra por 100 libras esterlinas. En París se gana con los giros sobre Londres, al menos el descuento de los 90 días. Acompaña Ud. la remisión de palabras tan insinuantes, que no queda sino aceptar con gusto, mucho más cuando algo quiere que le busque. Voy, sin embargo, a contarle algo que le sorprenderá quizá sobre encargos. Notaría Ud. que insistía en la cuestión retratos porque antes de llegar aquí abrigaba el mismo deseo que Ud. me manifiesta; pero en vista de lo que me pidieron y ante la consideración de que los retratos de Ud. y mamá serían regalo para mí y Alejandro y no para Uds., he debido desistir, pues un pintor mediano, sin reputación, exige de 600 a mil francos por cada uno, según que la figura tenga manos o no, y sin los marcos. En España encontré ofertas hasta por 20 pesos, pero de pintores de brocha. Además, un retrato, sin la persona a la vista, carece del color, elemento tan indispensable en el asunto. Creo, por lo tanto, que aquí debe desistirse *por ahora*, por más que a mí especialmente me sea sobremanera sensible. Otro tanto opino respecto de la capa; desde luego, creo inútil decirle que aquí no se conocen, y para jóvenes no es de ninguna manera a propósito, por más que sea una economía. Yo vuelvo al

sobretudo. Ya que toco este punto, y si aquí debo quedarme, pronto le remitiré un aparato que le compré en Londres y que desde entonces tengo encajonado, que sirve de mesa de escribir, de comer y de lectura a la vez, adaptable a la silla o a la cama, para el día o la noche. Pensé y vi su silla-cama, etc., pero desistí de adquirirla casi con la convicción de que Ud. no la había de usar. Las camisas irán como Ud. las pide.

Diciembre 14.

Estos días no sé cómo se me han ido, pero no he hecho nada, no he visto nada, y a no haber sido por Gacitúa que me sirve de cicerone para las comidas, habría estado bien aburrido. Quise ir a ver "Pablo y Virginia", la ópera que aquí tanta bulla mete, y no hallé localidad. En cambio, he tratado con Morla Vicuña y el Ministro Blest. A la señora Vergara no se la encuentra en casa. Con Puyó y madame he comido dos veces. Ahora andan en Burdeos despidiendo al hermano. He asistido a dos cursos, en la Sorbona y en el Colegio de Francia. El de Economía Política lo daba M. Chevalier. Derecho de Gentes veré el sábado. He estado en el anfiteatro anatómico y en los exámenes, y esta noche he pasado dos horas en un baile del barrio.

A medida que pasan los días y por más que los amigos me manifiesten ventajas de una permanencia aquí lo más larga posible, yo aún no la veo, y mi in-

certidumbre subsiste. No me perdonaría más tarde haber dejado en blanco todo un año, en que pudiera trabajarse y no consumirse como las cebollas con su savia. Pero sin duda que para salir de aquí siempre hay tiempo. Me hago cargo que el noviciado en una gran ciudad es desanimador, pero que al fin llega a tenerse un círculo; no me olvido de Lima a este respecto.

Ayer he tenido el gusto de recibir carta del compañero Calderón; permanece aún en Filadelfia y está en vísperas de casarse, no sé si con alguna de las damas en cuya casa estuvimos viviendo.

Lo más curioso que he visto aún en París es el baile de que le he hablado, donde se está sin etiqueta de ningún género, calado el sombrero y el que quiere sentado en una especie de balcón tomando cerveza y viendo bailar. El cancán hace un enorme gasto en la diversión y los saltos de los franceses una no pequeña contribución del ridículo. Las mujeres más o menos descaradas según la edad ordinariamente, y las medianías en gran mayoría, como siempre. Aquí supe que el fiscal Ibáñez se había hecho llevar a la fiesta ésta. Puede embromarlo sin aventurar suposiciones de ningún género.

A propósito: pienso como Ud. que Merceditas ha adelantado bastante con su salida en combinación con los años; pero más aún Josefina. ¿Conque cree Ud. que le están tomando cariño? Lo celebraría infinito y desearía que sus creencias saliesen ciertas.

Quizá voy alargándome demasiado y Ud. irá ya

perdiendo la paciencia con mi letra y esta variedad de asuntos más o menos de poco momento. Permítame, pues, poner aquí punto final y despedirme de Ud. con el cariño de siempre.

José Toribio Medina.

P.D. Procuraré siempre escribir por el vapor del Estrecho.

X

París, diciembre 13 de 1876.

Querida madre:

He tenido el gusto de recibir su cartita del 24 de octubre, en que tan razonable se manifiesta respecto a mi separación; y en ello ha hecho bien sin duda, pues de otro modo me habría afligido grandemente.

Como verá por las letras a papá, mi viaje ha terminado, gracias a Dios y a sus oraciones sin duda, sin accidente alguno. Para pasarlo ahora bien aquí me falta en gran manera encontrar con quién juntarme a comer siquiera, porque al fin y al cabo es trabajoso no hallar con quién cambiar palabra.

París me ha gustado ahora más que la primera vez que pasé; está más alegre y más bonito, y lo mejor es que aún no hace frío; yo al menos siento ahora menos que la primera vez, quizá a consecuencia de los no despreciables que pasé en Alemania.

En cuanto al tiempo de mi permanencia aquí, no podré resolverlo definitivamente sino después de dos meses en que reconozca el terreno y si al fin de ellos abrigo la convicción de que no me resultará utilidad quedándome más tiempo, me iré en seguida; pero si por el contrario, siento que no es así, demoraré mi partida un año aproximadamente. En este segundo caso, ya que no le iría la persona, le enviaré una fotografía.

Siendo así, me parece conveniente que me indique las medidas de los vestidos para enviárselos hechos mejor. Vaya donde una modista buena, y avísemelas lo más pronto.

Diciembre 14.

Mi salud continúa, afortunadamente, sin accidente alguno; espero, sin embargo, en tres días más ir a ver al primer médico de la ciudad para que me dé su opinión sobre mi afección a la espalda. Gacitúa será mi introductor. Este antiguo amigo me está prestando muy buenos servicios. Hoy hemos comido juntos y en compañía de un joven Vega, chileno. Por ahora pico de todos los restaurantes para posesionarme del que más me agrada. No puede Ud. figurarse lo dado a la buena mesa que me hallo, pues hasta el vino Burdeos me gusta.

Con un abrazo cariñoso la saluda su hijo,

José Toribio Medina.

XI

París, diciembre 25 de 1876.

Mi querido padre:

He recibido su cartita del 8 del mes pasado y con ella una parte si no toda la tranquilidad que me faltaba para encontrarme lejos de Ud. con todo el contento deseable. Mis inquietudes por falta de programa aceptable han desaparecido por completo, me siento como aliviado de un peso, y lo que aún es más, divisando desarrollarse para más tarde una fuente no interrumpida de verdaderos goces, algo como lo que deben sentir los que después de los trabajos de la siembra en el verano, aguardan venir el invierno tranquilamente creyéndose al abrigo de la miseria y del frío. ¿Y cómo me preguntará Ud.? Voy a decírselo sencillamente. Había algo que yo abrigaba en mi interior casi como un secreto, de lo cual yo mismo quizá no me daba cuenta pero que era sin duda una aspiración de mi espíritu, el estudio de los archivos españoles en lo tocante a nuestra patria. Comprendía que tenía delante de mí una tarea que exigía fuerzas, una voluntad perseverante y un sincero deseo de estudiar, y debo confesarlo ingenuamente, esto hasta ahora no dejaba de arredrarme un poco. Con ello veía, y lo conozco perfectamente, debía renunciar, no sólo a la más remota idea de lo que se llama vulgarmente *provecho*, sino también a dejar abandonada la profesión por todo

el tiempo que exigiera el registro y a aceptar todas las consecuencias de una separación más o menos prolongada. Pero los consejos de Ud. han venido a alumbrarme con una luz bienhechora y su aprobación (que no me atrevía a solicitar) a librarme de toda inquietud. ¡Así sea!

Mi tarea debe limitarse al estudio de los expedientes extractándolos, algo como lo que llamamos *exposición*, pero bien detallada, en una sentencia, y a hacer copiar aquellos documentos que por su importancia no admitan supresión alguna. De este modo, tendré al fin como en un vasto cuadro, fácil de consultar, todos los materiales que me sean precisos para el trabajo posterior de la redacción. Esto último se puede hacer con toda la lentitud deseable, a medida del tiempo que la profesión deje libre; y he aquí cómo con mis días ocupados en un entretenimiento de todo mi agrado, me consideraré, al menos así lo pienso firmemente, no a merced de aburrimientos y desagradados. Por otra parte, lo que Ud. me ofrece, corresponde con demasía a lo que puedo gastar en la reclusión, que con trazas que sabré darme, será sin duda parte de la felicidad a que puedo aspirar.

Así, pues, cuatro meses en París serán mis recreaciones anticipadas y mi escuela del gran mundo; lo que venga después, son granos que han de consumirse poco a poco en la tristeza de nuestros inviernos.

Continúo aquí perfectamente: desaparecen poco a poco los inconvenientes del noviciado en la gran ciu-

dad y el agrado más cumplido sucede a las primeras impresiones molestas. El barrio me gusta cada vez más, encuentro en él de todo lo que puedo necesitar, a la lista de conocidos y vecinos agrego a Espinoza, Castro, Lagarrigue, los dos Carrasco, Arancibia, etc.; y a mis muebles un piano excelente que siempre me recibe bien después de las largas excursiones, tengo libros, noticias de casa, no me falta el dinero, los recuerdos importunos se empañan poco a poco, la salud buena. ¿No es esto un verdadero idilio?

Ya le he hablado de mí y ahora vamos a salir por afuera con un tiempo que no puede pedirse mejor. Anoche no se ha dormido en París celebrando la Pascua, los bulevares están llenos de los *puestos* de juguetes, los cafés de cocotas y los almacenes de todos los objetos que pueden regalarse como *etrennes* para el día primero del año. ¡Qué pueblo tan alegre éste, parece que no hubiera en él un solo desgraciado! En mi barrio al menos no se oyen por las noches más que gentes que cantan y se ríen. Al fin es toda gente joven, que estudia y tiene sus amantes.

Aprovechando del buen tiempo, me he ocupado de la visita de los lugares descubiertos o distantes. Así he estado en el bosque y castillo de Vincennes, en St. Cloud, en Versalles, en los cementerios de Père Lachaise y Montmartre, en el Jardín de Plantas; en los Museos de Luxemburgo y Cluny, en las iglesias del Panteón, San Sulpicio y la Sorbona, en las catacumbas, La Bolsa y los Inválidos, en Santa Genoveva y en

la biblioteca del mismo nombre; en un curso de código civil y en uno de derecho de gentes; en el tribunal de comercio, y en el palacio de justicia, ambos lugares donde vi alegar y moverse a la gente togada y donde volveré naturalmente, porque están junto a casa. En días pasados me quedé sintiendo no haber visto la recepción del nuevo académico porque no pude conseguir boleto para entrar. En los teatros sólo he estado tres veces; la nueva ópera que tanto furor hace, "Pablo y Virginia", es algo sorprendente, verdaderamente admirable y a la fecha interpretada con singular talento.

París parece tan conocido y más a Ud. que lee las correspondencias, que no sé si debo hablarle de sus monumentos al por menor; si Ud. lo desea, indíquelo y tendré especial complacencia en hacerlo así.

A propósito del libro sobre minas que Ud. me recomienda, le diré que otra de las ventajas del barrio es tener inmediata la Escuela de Derecho y todas las librerías del género. En estos días he comprado de ocasión las obras de Pothier, tan necesarias para el estudio razonado del código chileno, y el curso de código civil de Durantón, obra de primera importancia, que también hacía falta en nuestra biblioteca, ambas empastadas formando más de cincuenta volúmenes, en once pesos. He pensado en la continuación de la *Revista de Legislación*, pero cuesta mucha plata y no veo en cuanto al pasado la falta que pueda hacer. Es increíble lo poco que hoy se escribe sobre derecho:

cuando más se encuentra de nuevo repeticiones abreviadas para el uso de estudiantes de las lecciones de los profesores y eso de derecho romano, penal, de comercio. De código civil no he visto nuevo sino los Comentarios de Accarias (no Zacariae) tres volúmenes. He adquirido varias monografías, los libros más útiles siempre cuando se trata de una cuestión dada, como una sobre la *Sociedad en comandita por acciones*, otra de los *Actos disolutivos de la comunidad*; pero en general, para encontrar algo de puro derecho es necesario comprar libros anteriores al año 1860; y de después, relaciones del derecho o literatura de la jurisprudencia. Poco a poco, sin embargo, iré adquiriendo todo lo que convenga tener.

Diciembre 29.

Ayer recibí de D. Luis una cartita muy amable avisándome de su llegada e invitándome a comer, y para que la amabilidad fuese completa, propuso a su salud (de Ud.) un brindis muy cordial.

Estos días he pasado en los museos del Louvre, y en consecuencia, me he quedado la tarde por el otro lado. El tiempo continúa muy bueno.

Un rato de conversación muy agradable tuve en días pasados con la señora Vergara, que me dejó a comer en su casa. La señora va todos los días al bosque de Boloña y recibe un día en la semana.

Sin más, lo abraza hoy su hijo,

José Toribio Medina.

XII

París, 25 de enero de 1877.

Querido padre:

Por sus dos últimas he visto que Ud. estaba en la inteligencia de que por ese tiempo estaría ya próxima mi vuelta; y en verdad que no me explico bien esta circunstancia atendiendo a que de antemano había cuidado de darle una idea más o menos aproximada de mi vuelta. Creo, pues, que a estas horas Ud. estará perfectamente al cabo de mis proyectos.

Francamente hablando que después del tiempo que estoy aquí me costaría decirle algo que le interesara, pues yo mismo no hago otra cosa que vegetar, matar agradablemente el tiempo, no pensar en lo que aún está lejos, leer un poco, recorrer calles, nada de muy serio en una palabra.

Hoy, por la señora Vergara, he sabido que Stuen estaba aquí hace algunos días, pero que ya se había ido. Me contó de un recado muy curioso que había recibido de Carolina, a quien me dijo que veía con frecuencia en el bosque de Boloña. Una vez he estado yo también en dicho paseo. La señora Vergara ha asistido con las grandes damas en el baile de la presidencia.

Gacitúa continúa acompañándome en mis excursiones. Mujica continúa enfermo.

A consecuencia de algunos disgustillos que me ha

ocasionado el portero con sus malos modos a las personas que suelen venirme a ver, estoy para cambiar de domicilio, siempre en la vecindad.

Continúo, poco a poco, adquiriendo algunos libros de ocasión, es decir, más o menos baratos.

He aplaudido de sus noticias, sobre todo, el examen de Alejandro y el casamiento de Guzmán. ¡Que suban! En cambio, he deplorado las indisposiciones de mamá. Ojalá que hiciese de nuevo una corta excursión a los baños de mar, que tan bien le sientan.

El tejido de estas letras le estará probando la escasez de material en que me hallo. Se ha dicho que es pueblo feliz el que carece de historia y con mayor razón quizá pudiera decirse que cada hombre por separado. Aplíqueme Ud. en lo razonable este axioma y tendrá una idea más o menos de mis días. Yo mismo no sé de dónde me nace tanta indiferencia. ¿Es que me falta algún móvil? ¿No tengo aspiraciones? ¿O he cambiado de pasta? Aquello de no apurarse por nada que siempre he predicado con convicción me gana día por día. Afecto sincero y probado por quienes amo y debo amar; indiferencia por lo demás. Ya ve que a falta de los hechos le hago teorías y a falta de pan buenas son tortas. Contentémonos, pues, mutuamente, Ud. dando un abrazo a mamá y Alejandro, yo dándole a Ud.

Su hijo,

José Toribio Medina.

XIII

París, febrero 8 de 1877.

Querido padre:

El vapor próximo pasado llegó sin noticias de Ud., circunstancia que me habría dado que pensar a no ser que por sus dos últimas conocía ya la duda en que Ud. se hallaba respecto de si me alcanzarían o no aquí. Esta es la explicación natural que he encontrado a silencio tan inusitado de su parte, y espero que sea verdadera.

¿Qué decirle ahora de por aquí? Continúo, pero sólo hasta hoy, donde mismo estaba, pero para mudarme mañana al boulevard S. Miguel, a unos cuantos pasos de casa, a una habitación mejor, casa más decente, con mejor vista y situación, pagando sesenta francos en el tercer piso. Como la patrona salga buena, como me lo figuro, creo que podré pasar los dos meses que pienso quedarme aún aquí sin necesidad de una nueva mudanza, que al fin y al cabo por escasos que los trapos sean es siempre odiosa; y le aseguro que a este precio me ha costado mucho hallar una pieza tan buena como de la que me he hecho.

No ha muchos días, por ser el cumpleaños de Mad. Puyó, fuí invitado a una cazuela, que efectivamente estaba a la chilena, sabrosa y con ají.

Ayer me han entregado mis manuscritos empasta-

dos, y a la fecha me ocupo en encajonarlos en unión de los libros y demás cachivachis para mandarlos en un buque de vela tan pronto como se pueda. Si he de enviar mi maleta grande, ¿debo hacer lo mismo con ella? No lo sé aún; pero desde que no puedo conser- varla conmigo, mi trepidación nace de que el agua de mar, si le toca una mala colocación en el buque, va- ya a dar cuenta de la ropa. En fin, llegado el momen- to resolveremos.

Por Ernesto Thorndike he sabido que su madre y familia andaban de paseo en Chile. ¿Ha sabido Ud. algo de esa gente?

Hallarse en París, se cree por allá, es lo mismo que divertirse; en cuanto a mí le puedo asegurar que no- che a noche debo resolver un problema antes que sa- ber en qué puedo ocuparla. Los teatros exigen para poder entrar en la noche un viaje *ex profeso* en el día para hacerse de entrada, y esto sólo desanima; ya en ellos es molesto por demás el calor que se siente, amén de lo muy caro que cuestan. Donde suelo irme de cuando en cuando es a los cafés-conciertos, que son más o menos animados siempre; los bailes pecan por sus demasiados atractivos y al fin cuando se va siem- pre solo, especialmente, concluyen por fastidiar, sien- do que la concurrencia no cambia. A los bailes de la Opera sabe Dios si iré, porque la trasnochada, los vein- te francos de entrada y la soledad me desalientan. Y al fin de cuentas se ve que el dinero se ha ido sin saber cómo ni en qué; y aquí más que en ninguna parte se

sabe estimar en lo que vale, porque dos centavos que sean nunca falta en qué emplearlos, aunque sea en un ramito de violetas o en una caja de fósforos.

Con muchas cosas para mi querida mamá y Alejandro; y deseándole a Ud. que las recreaciones en que por allá se hallan le sean lo más amenas posible, lo abraza su hijo,

José Toribio Medina.

XIV

París, febrero 20 de 1877.

Querido padre:

Por segunda vez me he quedado con el sentimiento de no recibir letras de casa por el vapor pasado, circunstancia que, afortunadamente, sabiendo a qué atribuirlo, no me ha ocasionado inquietudes; y como es natural, espero todavía que este estado se prolongue por cierto tiempo más.

Si mi anterior pecaba de poco noticiosa, aún más descarnada, si es posible, tendrá que serlo la presente. En este tiempo intermedio he saboreado las ventajas de mi nueva habitación, y de los dueños de casa, gente amable y de maneras sencillas. A medida que la primavera se aproxime estas ventajas serán todavía mayores con los ratos que pueda asomarme al balcón a

ver pasar la gente de estos barrios. Ya como que las fisonomías me fueran conocidas, me parece no hallarme del todo extraño entre esta gente. Debo confesar, sin embargo, que día a día pierden terreno en mi opinión, de tal modo que la especie de admiración cariñosa que profesaba a este pueblo cuando llegué a él por primera vez, se ha desvanecido enormemente. Se ama siempre a la Francia, pero se está lejos de profesarle la misma estimación a los franceses. Exterioridades, fórmulas, sin reconocer nada de serio, sin ninguna estabilidad, pasando por sobre todo a trueque de ganarse un franco, ahí tiene Ud. el fondo de este carácter, que no deja de tener, sin embargo, sus momentos de generoso arrebató y de desinterés. Si Ud. me preguntase por las mujeres le diría que la francesa es la misma en todas partes: alegre, amiga del placer y siempre más o menos fácil. "Hacer el amor", como ellas dicen, es su constante preocupación y esta tendencia se hace sentir desde arriba abajo de la sociedad. ¡Viera Ud. las piezas de teatro que representan, las canciones que cantan en los cafés-conciertos, y sobre todo, cuán poco escrúpulo se hace a las mamás llevar a sus hijas a tales espectáculos! ¡Cuán inverosímiles nos parecen las novelas que por allá nos llegan y sin embargo cuán fieles son en la reproducción de las costumbres! Como Ud. comprende, lo que el moralista acaso reprueba, es lo mismo que constituye una fuente de placer para el extranjero que desea esta clase de gozes. Con todo, la abyección a que las mujeres de vida alegre se ven

condenadas por las leyes, o la policía más bien dicho, es atroz, pues salen de las condiciones del hijo de vecino más humilde para constituirse en muñecos del primer individuo que carga uniforme; para ellas no hay leyes, garantías individuales de ningún género.

Después de muchas idas y venidas, aún no consigo realizar mi visita a las prisiones: ha habido que solicitar carta del ministro chileno y el asunto está en trámite. Es lo mismo que para ir a las Cámaras, viaje expreso a Versalles y nueva intervención del ministro. La corte de Assises que no se reunía después de mucho tiempo, celebraba hoy sesión; fuí allá y no me permitieron la entrada por ser necesaria carta del presidente de la corte. Y por este estilo pasa todo en París. ¿Cree Ud. que se puede ir a alguna de las conferencias que tienen lugar todos los días sin carta? ¡Nequaquam! Yo he dado al diablo con todo esto, y que otro pierda su tiempo haciendo antesalas y sacándose el sombrero. Sólo los abogados alegan en público, y no dejo de cuando en cuando de ir a escuchar alegatos que dan más sueño aún que los de nuestra tierra.

23.

De la gente chilena, fuera de Mujica, Gacitúa y Arancibia, no me veo con nadie; no sé qué sea de la señora Vergara. D. Luis siempre muy atento. El último día de carnaval me invitó a una comida que daba y que estuvo bastante buena.

Mientras ustedes experimentarán aún no escasos calores, nosotros hemos tenido ayer un ratito de nevazón. El río está muy hermoso con la gran creciente en que se halla.

En días pasados fuí a conocer el museo de la Escuela de Artes y Oficios y la iglesia de San Eustaquio que aún no conocía. El Jardín de Plantas me cuenta también de cuando en cuando entre sus visitantes.

Deseoso de que todos se conserven sin novedad, los abraza su hijo,

José Toribio Medina.

XV

París, marzo 9 de 1877.

Querido padre:

Es una costumbre de los parisienses, de la cual hasta los guías dan razón, de irse a un café, pedir los útiles de escribir, y allí, entre el humo de los cigarros, y las exclamaciones de los jugadores del billar, y cuando la ocasión se presenta, al calor de una taza de café, comunicar a quienes desean sus menudas impresiones. Yo también, como ellos, huyendo de la soledad de mi pieza, imito a los parisienses y escribo como ellos.

Una nueva excursión a Versalles, premunido de una tarjeta de introducción para las bancas del cuer-

po diplomático, para asistir a una sesión de la Cámara de Diputados, y otra visita a una exposición agrícola celebrada últimamente en el Palacio de la Industria, han sido las dos únicas novedades de la quincena de que tenga que darle cuenta. Al fin, también nos animamos con D. Luis a ir al gran baile que se dió en la Opera a beneficio de los obreros de Lyon. Todo aquello muy brillante, pero frío hasta no más. Nuestras paisanas Vergara y Montt lucían buenos brillantes y delanteras no menos soberbias; pero nunca he visto un agrupamiento tan grande de mujeres feas, viejas y gordas. En nuestra tierra Ud. tan bien como yo sabe que no escasean por desgracia; pero qué diferencia en cuanto a diversión, contento. Allá siquiera por mala que sea hay mesa; pero aquí... Los otros bailes de París es cierto que no son lo mismo y que, por el contrario, las risas, los propósitos menudos, como aquí se dice, y el cancán más entusiasta reinan constantemente. ¡Contrastes de la riqueza!

Los días suelen estar ya muy hermosos, pero de repente se oculta el sol y nieva por un momento; pero, sin embargo, parece ya que el invierno se ha despedido sin sentimiento de nadie. Supongo que por allá con el mes de marzo esté aquello más animado y Ud. con más a quien mirar con su descubridor antejo.

Dos asuntos judiciales han preocupado la atención este tiempo: la conducta del presidente de la corte de Assises en el proceso Godefroy, y el proyectado divorcio de la Patti. Esta señora, dentro de algún tiempo,

cantará en el teatro de los Italianos, el teatro que por ser el más caro es el más frecuentado de las cocotas de tono, que sin empacho alguno pagan sus cinco pesos por un asiento de platea. La ventaja de no ser conocido se hace aquí valer en toda su fuerza, y así el que gusta de este género de espectáculos puede modestamente irse a un palco de tercer orden y con sus cinco o seis francos pasar la *soirée*.

Con quien me junto aquí más es con Arancibia; almorzamos ordinariamente juntos. Gacitúa prepara sus exámenes. Con el joven Gormaz suelo también verme los domingos.

Ya ve Ud. que de no entretenerlo con frivolidades, debería dejar el papel en blanco. Esto mismo me obliga aún esta vez a no escribirle por separado a mi buena mamá ni a Alejandro. Espero, sin embargo, que para el próximo correo tenga contestación de Uds. a mi primera enviada de aquí. Para entonces espero poder hablarles más largo. Acepte, entretanto, por todos el abrazo de su

José Toribio Medina.

XVI

París, marzo 23 de 1877.

Querido padre:

No debo disimularle que he leído no sin cierta sorpresa su cariñosa carta escrita en contestación de mi primera de París; porque efectivamente envuelve ella

un cambio de frente tan brusco que no sé ni quiero atribuirlo a otra cosa que a su afecto de padre. Todas las consideraciones que en sus anteriores hacía valer para dejarme un año por aquí se han trocado en argumentos para un regreso inmediato. Afortunadamente, espero que la impresión producida en Ud. por mi segunda, esto es, por aquella en que dejaba concertada mi nueva residencia en España, habrá sido contraria a su novísima y que, por consiguiente, al mismo tiempo que quedará Ud. más tranquilo, me dejará a mí el tiempo que necesito para mis excursiones históricas. Sin embargo, me es grato declararle que por más contento que por aquí me halle no consultando más que mi egoísmo, mal que Ud. debe conocerlo de tiempo atrás me posee en gran parte, si su próxima está escrita en vista de su posterior resolución, sin trepidar un instante largo el vuelo. En esta hipótesis, que no espero con todo, tengo comprado casi todo lo que debo llevar; reservando, sin embargo, los instrumentos del nuevo doctor por si a Ud. se le ocurriese enviármelo a España de paso para París a la Exposición del 78.

Ya que de mi vuelta se trata, quiero ser sincero una vez más con Ud., porque sé que esta confesión en nada podría ya influir sobre el deseo manifestado por Ud. de que parta lo más pronto. Pues bien; no estoy seguro aún, aunque creía no distante ya el día de mi entera libertad, del efecto que sobre mis afectos extraños a la familia va a ejercer mi llegada a Santiago. Esto, lejos de alegrarme, me hace presentir días muy

desagradables; y lo peor de todo es que lejos he vivido perfectamente contento: diviso para de cerca contrariedades y disgustos; y a pesar de ello, no sé cómo escapar a una fuerza que me impulsa a pesar mío. Como Ud. ve, es siempre el egoísmo el que me inspira; porque bastaba la consideración de que mi presencia le procurase a Ud. y a mamá contento, para que no pensase en otra cosa. En fin, venga su última palabra, que acaso sea una inspiración, y me abandono a la... ¡fatalidad!

¿Acaso ha creído que porque mi pieza anterior me costaba diez pesos pasaba mal? Relativamente la de Lima no era superior y entonces tenía una posición. Gracias a Dios nada me ha faltado hasta ahora. Mi dolor al espinazo, ¡cosa curiosa! ha desaparecido por completo puedo decir y en ello han influído muchas causas que no puedo aún precisar; lo que no obsta para que tan pronto como pueda me haga examinar por M. Charcot y otro especialista.

Hoy he almorzado con D. Luis, a quien había convidado al efecto. El y madama lo recuerdan siempre con gusto.

El asunto capa española aún me tiene indeciso; me piden 50 pesos por cada una y verdaderamente no sé si convenga adquirirlas a estas condiciones.

No creía que Núñez tardase tanto en su viaje comercial; y este es el caso de hacer una salvedad que hasta ahora olvidaba y es que fuera del manuscrito presentado a la Facultad y de cierta cantidad de bo-

rradores y cartas, a última hora resolví zafar con todo lo mío; así él no me tiene equipaje alguno, a no ser los papeles de que le hablo, que no sé dónde se hallan.

Si he deplorado los achaques de mamá, he gozado con el término de los estudios de Alejandro. Espero pronto tratar de consolar a la enferma y dar mis parabienes al médico. En cuanto a Ud., sabe que es todo suyo su hijo,

José Toribio Medina.

XVII

París, 5 de abril de 1877.

Querido padre:

Por el vapor próximo pasado he recibido su carta a la cual venía adjunta una letra contra D. Luis Puyó; y al mismo tiempo la expresión de sus deseos por que abandone toda otra expedición y regrese lo más pronto al hogar. Como le significaba en mi anterior, esto era lo único que esperaba para verificarlo así; y, sin embargo, no voy a poder salir de aquí hasta el día 2 del mes entrante, y el 5 de Burdeos por cuanto los instrumentos no estarán listos cuando más temprano hasta el 16 de éste, y todavía es preciso agregar los diez días de anticipación con que debe enviarse la carga si no quiere pagarse un flete doblemente subido que de ordinario; probablemente, en el deseo de llegar pronto hubiera olvidado esta consideración, a no mediar la

circunstancia de que el vapor del 5 toca en Bahía y Pernambuco. Por lo demás, renuncio a irme por tierra a Lisboa y a detenerme en Buenos Aires; pero en previsión de un accidente cualquiera en mi salud tomaré el pasaje con *escalas*. Así, pues, el 13 ó 14 de junio me será dado darle mi abrazo.

París, con la aproximación de los bonitos días, está animándose más; increíble fué el número de carruajes que el lunes de Pascua se veían pasar a las carreras por los Campos Elíseos, donde estuve situado después de haber dado una vuelta por el Jardín de Aclimatación. Aquí divisé a la señora Vergara en compañía de la mujer de don Isidoro Errázuriz y a la paisanita paseándose a caballo. El día anterior quise informarme de lo que eran las carreras de Auteuil y pasé un rato muy agradable. Ayer hice también un paseo a la feria del pan, fiesta para los niños; pero en lo más animado vino un huracán que derribó las tiendas improvisadas e hizo correr a los chiquillos más de prisa que de costumbre. Yo me escapé en un restaurante, sólo con roturas en el paraguas.

He adquirido en estos días un nuevo tratado de Derecho de Gentes que acaba de publicarse.

D. D. Silva me escribió de Valparaíso anunciándome una excursión a La Serena y dándome noticias de Ud. y mamá.

Larraín y Peña han dado el ancla últimamente en los bulevares.

Hice ya mi visita al Dr. Charcot, quien insistió en

que debía alejar de mi ánimo, por las malas consecuencias que podían originarse, toda idea de hereditario; y concluyó por manifestarme que era su opinión que los síntomas nerviosos que experimentaba eran efecto de una estrechez de la uretra; esto es, anduvo de acuerdo con lo que Alarco me dijo en Lima; mi opinión, o más bien la conciencia que yo tengo del caso, casi me da la seguridad de lo mismo y siendo así, no hay nada de medianamente grave. El Dr. Medina debe conocer lo que llaman *bougie* los cirujanos, y al efecto le llevaré dos o tres que seré yo quien los estrene probablemente.

Con un cariñoso abrazo a mamá y Alejandro, estrecho su mano hasta el vapor próximo. Su hijo,

José Toribio Medina.

XVIII

París, abril 20 de 1877.

Querida madre:

En dos semanas más iré navegando en busca de las costas chilenas y del pequeño rincón de Santiago que se llama el número 9 de la calle de Duarte; y, tanto como fué triste el día de nuestra separación, ha de sernos alegre, lo espero, el de nuestra vista. Ayer salieron ya de casa los cajones que han de ir como carga en el

vapor, reservando como equipaje las dos maletas con que salí de allá y una grande que he tenido que comprar para llevar lo más delicado, especialmente los vestidos. Estos han quedado muy a mi gusto y confío en que Ud. no estará a este respecto menos satisfecha que yo.

Buscando cómo satisfacer en lo posible sus gustos religiosos, había palabreado, cuando pasé por Valladolid, dos hermosísimos cuadritos; pero como el viaje no ha sido posible, dirigí la vista al Cristo que me encargaba y he podido conseguirle una cosa verdaderamente de primer orden y relativamente muy barata. Sin embargo, como sus indicaciones respecto al tamaño no existían puede decirse, así como tampoco respecto a la materia de que lo quería, mi elección ha podido ser enteramente libre.

No estoy, ni he podido quedar satisfecho por lo que toca a la mistelera. Las más hermosas son todas de cristal, pero cuestan excesivamente caras, y, sobre todo, no quise exponerme a llegar allá con los pedazos. Baste decir en este orden que la que tiene D. Luis, que no es por cierto de las mejores, le cuesta 400 francos. En cuanto a lo demás, creo inútil anticiparle nada.

En lo que llevo sólo me preocupan dos cosas: primero cómo desembarcarlas (las que van como carga) para partir de Valparaíso en el primer tren; y segundo, cómo eximir del pago de derecho de aduana las que según ordenanza deben pagarlos. Para lo primero, en caso necesario ocurriré a algún conocido; y para lo

segundo, he creído que, incluyendo lo de más valor en mi equipaje, podría escapar más fácilmente. Una vez que las circunstancias se presenten, obraremos en consecuencia.

Anticípole, pues, desde ahora, mi abrazo, deseándole un poco de paciencia para la quincena que ha de mediar entre la llegada de este vapor y el próximo.

José Toribio Medina.

XIX

París, abril 20 de 1877.

Querido padre:

Quince días después que llegue ésta a sus manos me tendrá a su lado, según todas las probabilidades; todo lo que por escrito pudiera anunciarle desde ahora le ha de parecer frío esperando que de viva voz vaya a comunicarle mis últimas impresiones de Europa. No sé si me engaño, pero creo que nuestras conversaciones de la tarde van a tener un elemento más de agrado para nosotros en la variación de los temas que nos han de ocupar. Desde luego, el elemento especulativo verá disminuirse en mucho su imperio para dar lugar a otro que sólo se adquiere con el tiempo y la experiencia, el lado práctico de las cosas. Veo, cuando me examino un poco, tan cambiado mi modo

de pensar en muchas cosas, que yo mismo me admiro de la transformación por que he pasado. Ignoro si ésta es una ganancia; porque, como Ud. sabe, existen casos en que el desenlace viene a dar la razón suprema. Pero es anticipado divagar desde que tan pronto como nos pongamos al habla su criterio ha de juzgar todo lo que lleve de bueno y de malo de vuelta de una excursión prolongada mucho más de lo que en un principio creímos. Réstame, sin embargo, la satisfacción, no pequeña por cierto, de haber satisfecho tantas aspiraciones que antes sentía germinar en mí y la tranquilidad relativa de que me hallaré poseído con mis deseos volviendo al hogar para no ausentarme ya por un tiempo tan considerable. No quiero pensar que mi profesión me sea ingrata como elemento de vida; y siendo así, éste será poderoso elemento para sentirse siempre conforme.

En días pasados realicé, al fin, mi visita a la prisión de la Santé, hallando sobre todo en los talleres mucho que podría aplicarse entre nosotros.

He ido por tres días a los museos del Louvre para despedirme del arte, diré, y de los monumentos de la antigüedad.

En unión de un joven Larraín, chileno, y de D. Luis, hicimos una excursión de un día al castillo y bosque San Germán; y en uno de los próximos pienso realizar otra a Fontainebleau, que es lo último que me falta por conocer de los alrededores de París.

Encontrándome, en vez pasada, en la proximidad

de la casa de la señora Vergara, me aproveché de la circunstancia para hacerle una visita de despedida. Ahí encontré a la señora de I. Errázuriz.

Por este vapor entiendo que se van algunos compatriotas, y es probable que cuando me vaya haga el viaje en compañía del joven Zegers, del cual Ud. ha oído hablar en los diarios; sin embargo, no lo conozco personalmente.

El tiempo que parecía asentado, se ha vuelto a descomponer, tanto en tierra como en el mar; pero es probable que al tiempo de mi partida haya vuelto a su estado anterior.

Pienso salir de aquí el 1.º, para pasar tres días en Burdeos; pero puedo asegurarle por lo que me sucede, que en este estado de transición, es decir, sintiéndose con un pie en el estribo, ni se goza tranquilamente del último tiempo de permanencia y que las emociones de un viaje de regreso se traducen cuando más por impaciencia de irse lo más pronto.

Quiera Dios, pues, que esto nos sea al fin concedido sin accidente de ningún género. Entretanto, acepte el cariño de su hijo,

José Toribio Medina.